

# RECUENTOS

Una colección de relatos

Juan Luis Roldán Calzado



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
Los botones de todos.....	7
Compañeros de celda.....	14
Cómo es.....	17
Uno, treinta y uno, setenta y dos.....	20
Las heridas del paso del tiempo.....	27
Manos enlazadas.....	51
En sueños de Maika.....	63
La caprichosa forma de las piezas.....	73
La tumba de Jim Morrison.....	75
Dice Laura.....	83
Verse ni en pintura.....	87
Guardar su espalda.....	90
Alguien de confianza.....	101



## INTRODUCCIÓN

Este volumen contiene una recopilación de relatos escritos en los años noventa, es decir, cuando el que esto escribe andaba por los veintitantos y peleaba por tener una cierta trayectoria literaria. Un par de décadas después, y abordados otros proyectos sin duda satisfactorios aunque poco relacionados con la literatura, me apetecía rescatarlos. He incluido aquellos que de alguna manera han soportado la relectura, aunque es difícil para un autor separar los textos de las circunstancias en las que fueron escritos, por lo que sin querer les añado un valor que quizá estos no terminen de tener. Sea como sea, merecen al menos, como ciertos raros ejemplares, ser reunidos y catalogados.



## LOS BOTONES DE TODOS

Imponía ver aquellos once botones dispuestos en formación en su mitad de la mesa, nuevos e idénticos, como el impecable ejército de un país privilegiado, aguardando el momento de empezar el partido. Y es que jugar a los botones con el hijo del alcalde era el privilegio que anunciaba la posterior humillación. Aseguraban nuestros amigos más mayores que nadie desde el Alzamiento había conseguido ganar como visitante en aquella habitación. Durante los primeros años de mandato de este alcalde se había utilizado la mesa de su antecesor, pero un par de años atrás habían traído una mesa de roble impecable, lo último que se compra en Madrid, aseguraron. Entre mis amigos se aseguraba, además, que de Madrid eran también los botones, que los habían comprado en Pontejos, enorme mercería que, para nosotros, pobres entrenadores de botones usados, era lo más parecido al paraíso.

De Pontejos o no, Eduardito, el hijo del alcalde, tenía hasta cuatro equipos diferentes de los cuales las malas lenguas aseguraban que sólo uno tenía jugadores locales.

Para quien no haya jugado nunca a los botones, es como una simulación del fútbol de forma que uno los mueve con otro botón, el lanzador, que impulsa a los otros haciendo presión en sus bordes. De balón hace otro botón pequeñito y lo mismo, en general, pasa con los postes. Para jugar no vale, por supuesto, cualquier botón. Deben ser totalmente redondos, sin dibujo y sin golpes o estrías. Eso en teoría, porque en mi equipo, sin ir más lejos, había algún botón más cuadrado que redondo y la mayoría con los golpes lógicos tras alguna que otra caída de la mesa y todos con el desgaste de cientos de partidos en mesas irregulares.

Como decía llegar a jugar en la mesa del alcalde era todo un privilegio y para acceder a él había que ganar innumerables partidos en todas las casas del barrio. Era entonces, según las normas del peculiar reglamento, cuando a dos de nosotros, vencedores del resto de nuestros compañeros, se nos permitía acceder a la casa del alcalde. Era un espectáculo que se había hecho popular por lo que no era raro ver allí al cura o al médico y, como deferencia por nuestro logro, a nuestros respectivos padres.

Yo era uno de los más espabilados y no me duelen prendas al afirmar que llegaba a las finales más veces que las que me quedaba fuera. Las veces que tenía éxito, recuerdo que mi madre me aleccionaba sobre buenos modales y mi padre se ponía su mejor traje. Por aquello de que la unión hace la fuerza quedábamos en la Plaza con el otro finalista (mi padre decía “el otro finalista del Pueblo”, expresión que recuerdo que horrorizaba a mi madre) y juntos marchábamos en comitiva a casa del alcalde, donde en la puerta la criada nos recibía y nos pasaba al salón escenario de la contienda.

El primer acontecimiento de la jornada era el partido entre los finalistas del Pueblo. Allí yo me sentía como los gladiadores de las películas de romanos, siendo Eduardito el César que esperaba tu victoria para adjudicarte el nuevo papel de perdedor. Para más inri jugábamos esta primera final en la mesa vieja, con los nervios del momento y sin saber si era mejor ganar o perder, pues uno sabía que a la satisfacción de ser el mejor del barrio le sucedía la humillación de la mesa nueva. Mi padre confiaba mucho en mí así que asistía al primer partido con ansiedad, no por una posible derrota, sino porque mientras no acabara ese partido no empezaba el otro, el importante, el de verdad.

Muchas veces gané en la mesa vieja y recogí mis botones dispuestos a colocarlos en el nuevo terreno de juego. Afortunadamente los botones no se cansaban pero yo, a fuerza de jugar aquellas finales, sabía que Eduardito había observado a mis jugadores e iba a comenzar el partido sabiendo cuáles eran los más valiosos. No era de extrañar que alguno de ellos acabara, empujado por un rival en un lance aparentemente fortuito del juego, lanzado fuera de la mesa. Yo era mejor jugador que Eduardito, como las manos del artesano son mejores que las del operario, pero nunca pude vencer aquel ambiente, la ostentación de aquella mesa o la frialdad de aquellos botones que, todos idénticos, parecían multiplicarse sin permitirse un fallo. Muchas veces resistí hasta los instantes finales con mi puerta a cero pero siempre el balón llegaba franco para que uno de sus delanteros, como se dispara un tiro de gracia, ejecutara un gol que resultaba definitivo. Y entonces mi padre al que, no sé si por invitado o por enemigo, le estaba prohibido un gesto de rabia, una palabra más alta que otra, estrechaba la mano del alcalde con los dientes apretados y aguardaba a que yo, como quien recoge los restos de un jarrón roto, reuniera mis botones para guardarlos en un saquito de tela que tenía preparado a tal efecto.



Durante mucho tiempo los chicos del barrio seguimos entrenando, robando botones nuevos de los costureros de la casa, estudiando los movimientos que podían realizar, hasta que un día llegó Julio. Vino además a casa, con mi padre, quien me pidió que le saludara. “Estrecha la mano de Julio, hijo”. Yo así lo hice y me sorprendió la firmeza de su gesto, la fuerza de aquel apretón para la mano del que, como yo, apenas era un adolescente.

Anda, iros a jugar, nos animó mi padre. Y yo que podía ofrecerle, salvo el emocionante, y también gastado e irregular, estadio de cuatro patas donde se desenvolvían mis botones. A Julio no le pareció mala idea así que nos pusimos a jugar. Me sorprendió que no sólo conocía el juego sino que lo dominaba. Le gané pero pocas veces había tenido tantos problemas para hacerlo en aquella mesa donde estaba imbatido.

Cuando metí el último gol, no pareció enfadado sino pensativo y satisfecho. Echó mano del delantero que lo había marcado, un botón negro y marrón a rayas que era mi favorito y, como si lo adivinara, me dijo:

-Un botón estupendo este –yo asentí. ¿Me lo dejarías?

Y antes de que, sorprendido, pudiera responder, añadió.

-¿Cuándo jugáis las próximas eliminatorias?

-Este fin de semana –respondí.

-Está bien –respondió. Y dejó el botón sobre la mesa.

Efectivamente durante el fin de semana se celebraron todos los partidos entre los chicos del pueblo y, cuantos más quedaban eliminados, más corrían de unas casas a otras para ver los últimos partidos. Para que Julio pudiera jugar tuve que decir que era mi primo y, por la actitud de mi padre, llegué a pensar que si no lo sería. Como no tenía botones, le dejé mi segundo equipo, pero no le fue nada mal. Y más que por su facilidad para jugar, nos sorprendió a todos su serenidad así como su costumbre de estrecharnos la mano antes y después de cada partido.

Finalmente, terminó el torneo y Julio y yo éramos los elegidos. Fue entonces cuando él, para mi sorpresa, comenzó a pedir ciertos botones a algunos de sus rivales. Al principio, como es natural para el que ha seleccionado

sus jugadores en una criba de muchos años, se mostraban reticentes, pero había algo en aquel tipo que inspiraba confianza o, más aún, respeto.

De esa forma, como si se hubieran agrupado los mejores guerreros de diferentes reinos, Julio formó un ejército que, a primera vista, daba risa pero que al jugar con él, daba miedo. Y allí nos fuimos, yo con el equipo más rodado del pueblo y Julio con un selección de todos los demás.

Conmigo se vino mi padre y, con Julio, el maestro que, aunque era amigo de mi padre, no solía venir a los partidos. Pero yo nunca le pregunté nada a Julio. Cuando le conocí, me dijo que vivía en Madrid, pero cuando le pregunté por Pontejos, me dijo que no había estado allí, por lo que pensé que quizá no me decía la verdad, por lo que renuncié a preguntarle más. El día de partido quise saber porque no venía nadie con él, o lo que venía a ser lo mismo, quién era realmente. Pero como he dicho, había renunciado a preguntarle nada.

El alcalde y su hijo nos recibieron como siempre, aunque, al principio, al ver a Julio, sintieron prevención hacia el que era un desconocido. Enseguida mi padre aclaró que era un sobrino de Madrid y yo, temiendo que no le dejaran jugar, añadí que Julio no conocía Pontejos.

Desaparecidas las precauciones de los anfitriones, Julio y yo preparamos a nuestros jugadores en la mesa vieja. Yo comencé a colocarlos mientras, Julio, muy concentrado, reconocía con sus dedos el que iba a ser el terreno de juego. Finalmente él también colocó a sus jugadores y comenzó el partido. Durante la media hora que duró, Julio jugó mejor que nadie lo había hecho en esa vieja mesa de gladiadores, y tengo que decir que yo tampoco he jugado mejor que aquel día y sin embargo perdí. Estaba un poco frustrado por no tener la oportunidad de jugar en aquella preciosa mesa pero tengo que reconocer que en ese momento la expectación por lo que podía hacer Julio era superior a la desilusión por mi derrota. Lo mismo parecía ocurrirle a mi padre que intercambiaba con el maestro comentarios en voz baja a la vez que observaban las evoluciones de Julio, que recogió sus botones de la mesa vieja y los fue colocando en la otra sin apenas fijarse en el que iba a ser su oponente.

Eduardo había asistido a nuestro partido con interés, si no con cierta precaución. Me conocía a mí, muy probablemente el mejor jugador al que

había derrotado, e incluso conocía a muchos de los botones que Julio había escogido, por lo que, a sabiendas de que aquel no era cualquier equipo, decidió hacer lo que antes nunca había hecho: hacer él a su vez una selección de sus botones. Sus equipos eran homogéneos así que escogió los botones negros, grandes y pesados, para la defensa, los de color crema, que se deslizaban con más rapidez, para la media mientras que dejó los de color verde oscuro para la delantera, pues se habían demostrado los de más precisión. Aquel equipo rozaba la perfección pero a Julio no pareció importarle.

Comenzó el partido y enseguida las diferencias se pusieron de manifiesto. Los perfectos botones de Eduardo se movían con elegancia y precisión por la superficie de la mesa como un mecanismo perfectamente engrasado. Julio, a duras penas, conseguía evitar los goles en contra, hasta que un centro preciso a uno de sus delanteros, propició a Enrique una ocasión que no desperdició.

Quedaban apenas cinco minutos según el reloj del cura, juez en estas ocasiones, y yo leí en el rostro inmutable de Julio algo de desánimo. Entonces, no sé cómo se me ocurrió pero le tendí a Julio mi botón de rayas negras y marrones que tanto le había gustado pero que no pudo pedirme al ser yo uno de los finalistas. Julio miró a Enrique por si este se oponía a la entrada de un nuevo jugador, pero el hijo del alcalde se encogió de hombros con indiferencia.

Julio colocó mi botón de delantero centro y entonces, como si fuera la pieza que faltaba de un precioso puzzle, los botones de Julio comenzaron a moverse con exactitud y elegancia, resistiendo los golpes de sus rivales más pesados y llegando antes que los más rápidos a la línea de fondo. En estas que quedó un balón suelto en las cercanías de la portería de Enrique. Cerca estaba uno de sus delanteros así que Julio cogió el lanzador lo colocó sobre él y lo propulsó de forma que no golpeó el balón sino que lo rozó dirigiéndolo al poste contrario del que todos habíamos esperado. Enrique nunca había recibido un gol así por lo que el maestro, mi padre y yo abrimos mucho los ojos que era el mayor gesto de alegría que se nos estaba permitido.

El partido cobró mucha emoción: apenas quedaba tiempo y los dos jugadores movían sus botones con tanta rapidez y precisión que era como un combate con espadas en el que estas chocaban entre sí una y otra vez sin

poder herir al contrario. Cuando el cura dijo que quedaba un minuto le tocaba mover a Julio, su botón más cercano al balón tenía un ángulo tan malo que ni repitiendo un efecto como el del primer gol podría llegar a puerta. Aún así, supongo que por la premura de tiempo, anunció que tiraba a gol, por lo que Enrique se dispuso a intentar parar un tiro, que probablemente jamás llegaría a puerta. Julio lanzó y efectivamente la trayectoria del balón se dirigía fuera. Pero entre medias estaba el botón de rayas negras y marrones en el que, como si fuera un excelso rematador de cabeza, el balón rebotó para después entrar en la portería rival. Enrique se quedó pálido, muy quieto, sin saber cómo reaccionar, mientras el cura, no sin cierto pudor, anunciaba que había terminado el partido.

Julio comenzó a recoger los botones mientras mi padre repitió la liturgia que llevaba a cabo en las derrotas: estrechó la mano del alcalde, dijo buenas tardes y salió. Lo mismo hizo el maestro pero yo que ni me atrevía a mirar a Enrique a la cara, salí detrás de ellos sin decir esta boca es mía. Julio tendió una mano a Enrique que este aceptó sólo cuando su padre le conminó con una mirada a que lo hiciera y, tras detenerse un instante, a contemplar la estancia, salió con nosotros. Allí, tendiéndome el botón que le había prestado, se limitó a decirme: “Gracias”. Fui corriendo a la plaza donde siempre aguardaban el resto de chicos, no tanto porque esperaran que alguna vez se diera el milagro sino porque no había otra cosa que hacer. Cuando esta vez les conté lo que había pasado corrieron a felicitar al ganador. Julio, aunque estaba radiante, se limitó a devolver muy solemnemente a su propietario cada uno de los botones que había utilizado, eso sí, siempre acompañado por un “Gracias” que nos hacía sentir que Julio había ganado una fortuna que ahora repartía entre todos nosotros.

Nunca más volví a ver a Julio y tampoco, después de aquella derrota, volvieron a jugarse partidos en casa del alcalde. Privados de aquella emocionante posibilidad, el resto poco a poco también dejamos de jugar.

Por ello a mi padre no tuvo muchas resistencias cuando intentó reunir todos los botones protagonistas de aquella célebre victoria. Cuando vi que estaba preparando un cuadro para enmarcarlos, pensé que se había vuelto loco. Pero al final lo comprendí todo, pues, cuando mi padre quiso poner junto a los botones una foto de Julio, mi madre se negó rotundamente,

argumentando que ya habían corrido demasiados riesgos y que por nada del mundo iba a permitir que colgara una foto del hijo del que había sido el último alcalde del pueblo hasta que lo fusilaron al caer la República.

## COMPAÑEROS DE CELDA

*(Finalista del concurso Literario de Narrativa "Voces del Chamamé" en su edición de 1997)*

Le era imposible recordarlo con claridad. Sus ojos entreabiertos, entumecidos por los golpes, apenas podían distinguirles, pero creía que sí, que los dos le habían acompañado desde que llegó a la celda.

No hablaban. Es más, durante el tiempo que llevaban juntos ni siquiera se habían acercado. Quizá le temían; y esa idea le gustaba. Ellos ignoraban que no les atacaría, pues era contrario a la violencia. Aunque era fuerte, y lo había demostrado al no decirles lo que querían saber, al ocultar los nombres de los que, gracias a su silencio, seguirían intrigando contra un gobierno injusto.

Y le hubiera gustado escucharles, poder hablar con alguno de los dos. Su cerebro embotado era incapaz de calcular el tiempo que llevaba entre aquellas paredes, pero él desde luego no recordaba haber escuchado su voz.

El tiempo transcurría sin matices, sólo fraccionado por las esporádicas entradas del carcelero: permiso para ir al baño, hora de comer. Y, claro, las palizas. Le pegaban con frecuencia, pero procurando que pasaran unas horas. Sabían que así era peor para él porque se recuperaba y entonces era como si siempre fuera la primera vez.

"Me quieren volver loco, pero no lo conseguirán", pensaba cuando, las primeras veces que traían comida, le servían sólo a él. "Que coman también ellos", exigía con inútil autoridad señalando, a ambos lados, a sus nuevos compañeros. El guardia le respondía con una sonora carcajada y, sin embargo, cuando empezaba a comer, comprobaba que finalmente a ellos también les habían servido. "¡Que aproveche!", se volvía a cada uno, pero sólo recibía la educada devolución de la mirada. Me quieren volver loco, se repetía sonriendo, pero no lo van a conseguir.

Sin embargo, pronto se dio cuenta que cada uno tenía diferente actitud. Una vez que sintió un movimiento extraño a su derecha, se volvió, y encontró que uno de los hombres le miraba. Recordó lo que le dijeron en los cursillos del partido: "Nunca muestres debilidad cuando estés en la cárcel". Así que miró a su vecino más fijamente, pero este no sólo no retiró la mirada, sino que se levantó al hacerlo él, y se acercó cuando él lo hizo. Se estudiaron, clavándose la mirada, tan cerca uno del otro que podían tocarse. Pero no lo hicieron. "Parece tan fuerte como tú", pensó, "además no estás bien, seguro que esos cabrones te están drogando". De todas formas, había demostrado que no iba a retroceder ante nadie. ¿Nadie? De pronto, reparó en el otro compañero de celda: le estaba dando la espalda.

Volvió ligeramente la cabeza, y respiró aliviado al comprobar que este, de espaldas al otro extremo de la celda, se desentendía de la posible pelea. "Este no parece peligroso", se dijo, y se acercó, más relajado, hacia él. No pudo evitar sonreírle, pero no se arrepintió de su error ("¡Nunca, nunca, te muestres débil!") cuando creyó, dentro de lo que sus ojos le permitían, que el hombre a su izquierda (aún no sabía sus nombres), le devolvía la sonrisa.

Llegó la noche y se durmió, pero con un sueño tenso que interrumpía el más mínimo ruido. Entonces miraba a su derecha, aterrado, pues, invariablemente, aquel tipo se mantenía medio incorporado frente a él. Menos mal que su otro compañero, "mi amigo", se atrevía a llamarle, siempre le correspondía con un gesto tímido, pero amable. "Si el otro intenta algo, seguro que este por lo menos me avisará". Y aunque no podía estar seguro, el agotamiento siempre terminaba de vencer su resistencia al sueño.

Estaba profundamente dormido cuando un golpe en el brazo le despertó. Abrió los ojos, pero los cerró estremecido al ver otros frente a los suyos. Entonces se irguió, también su contrincante, y ambos mostraron sus puños en guardia. No podía más. Tenía que terminar con esa incertidumbre. Si había que luchar, lucharía. Concentró su fuerza en un puño y lo adelantó con rabia, pero él lo frenó e hirió su mano con algo duro. Cuando empezó a brotar la sangre, enloqueció y abandonó toda precaución. Blandió puñetazos, patadas, no sabía lo que hacía, mientras su cuerpo se estremecía con heridas mortales. No cejó, esperando siempre que a su espalda llegaría el auxilio. Golpeó hasta quedarse sin energía, y caer, tan derrotado por su rival como por la decepción

de no haber recibido ayuda. Nunca se sintió tan solo como en ese instante antes de morir.

Cuando entró el carcelero, lo encontró desangrado en el suelo. Juguetó con las llaves sonriendo al observar que, si bien el de la derecha estaba destrozado, el espejo de la izquierda permanecía intacto.



## CÓMO ES

Yo creo que ya hace cinco años. ¿O quizá más? No sé, es difícil calcular el tiempo, para unas cosas transcurre muy despacio y para otras es condenadamente fugaz. Mírate tú por ejemplo, Almudena. Hace nada no eras ni niña ni mujer y ahora cualquier día me dices que te vas. Y entonces no sé qué te diré. Antes, que vivía mamá, te decía que tuvieras paciencia, que en realidad aún eras muy joven y que mamá necesitaba con quien estar. Pero ahora ya no lo sé, ahora se me mezcla la tristeza con la desorientación y me cuesta decidir qué es lo mejor.

Porque hace cinco años que te observo con cuidado, desde aquel día en el tanatorio, cuando velábamos el cuerpo de Quico y, sin mirarme, me dijiste de pronto: “He sido yo”. Y yo no supe cómo reaccionar. Te conocía perfectamente y sabía cuando hablabas en serio. Sólo pude dirigirme a uno de los sillones y, como si eso fuera una invitación a la conversación, tú te sentaste a mi lado. Ahora sí me mirabas, tú y yo solas. Hacía un rato que se habían ido las últimas visitas así que le habíamos dicho a mamá que se fuera a casa a descansar. Desde que se había enterado de la noticia había permanecido en una especie de shock, hasta el punto de que yo temía que llegara a perder la razón. Y no era para menos: Habían encontrado a Quico en plena acera, con el cráneo destrozado. Parecía evidente que había caído desde la azotea del edificio, en esa casa abandonada donde todos los yonquis iban a pincharse.

La verdad es que a Quico ya apenas le veíamos. Desde que comenzó a engancharse sólo venía a casa algunas noches, cuando estábamos dormidas, siempre con la intención de llevarse algo. Hasta que un día decidimos cambiar la cerradura. Pero casi fue peor, porque cuando descubrió que no podía abrir, golpeó la puerta con unos gritos tan desgarradores que casi se dieron con los nervios de mamá. Desde entonces comenzó a esperarnos en la calle para pedirnos dinero, primero buscando provocar la lástima y, cuando eso ya no funcionó, con todo tipo de amenazas. Pero nunca creí que fuera capaz de pegar a nuestra madre. Por mucha mierda de droga que llevara en la vena, nunca creí que pudiera llegar a tanto.

“He sido yo”, dijiste y lo primero que pensé no es por qué lo hiciste, sino si no tendría que haberlo hecho yo, como el padre de familia que baja de noche con la escopeta porque ha escuchado un ruido en el salón. Y Dios sabe que lo hubiera hecho, que si hubiera tenido un arma en el preciso instante en que Quico había pegado a Mamá, no hubiera dudado en pegarle un tiro. Pero habías sido tú y yo sentía como si hubiera descuidado mi responsabilidad. Y es que, desde el problema de Quico, yo me sentía responsable de tu seguridad y de la educación que nuestra madre no tenía fuerzas para darte. Y por eso procuraba tener siempre tiempo para sentarme a escucharte. Tus ojos siempre han mirado tan fijo que parece que van a absorber todo lo que les rodea y tanta información parece que se derrama en preguntas, como si con ellas buscaras el espacio que te falta para ordenar tantas ideas.

“¿Cómo es querer a alguien?”, recuerdo que me preguntaste una noche. Yo acababa de llegar a casa tras una cita y había entrado radiante a la habitación que compartíamos. Y entonces me habías preguntado y esperabas mi respuesta, como si sostuvieras en tus manos la paleta y el pincel y me preguntaras cómo se pinta la Gioconda, como si un lienzo fuera a pudrirse de tan blanco y sólo mis consejos pudieran evitar la catástrofe. Yo que tanto hubiera querido contártelo, no pude más que encogerme de hombros y abrazarte. Tú, sonriendo, también te encogiste de hombros así que supe, aliviada, que comprendías que por mucho que lo deseara no te lo podía explicar, que hay experiencias, quizá las que más marcan nuestras vidas, que son imposibles de compartir.

“He sido yo”, y yo sentada en ese sofá no supe más que sacar un cigarrillo. Miraste la cajetilla y yo te la ofrecí. Sin dudar, cogiste un cigarrillo, supongo que por intuición, pues era la primera vez que ibas a fumar. Y, sin embargo, quizá tu cuerpo lo había reclamado desde el instante en el que habías empujado desde esa azotea a ese hombre, del que ya hacía tiempo que hablabas como si estuviera muerto.

Fumaste la primera calada tensando tu cuerpo y, al echar el humo, suspiraste. Entonces, como si hubieras quitado un cerrojo, comenzaste a llorar y al ver cómo fumabas entre lágrimas, comprendí que la mujer había ganado a la niña la última batalla que habían librado en tu cuerpo. Te hice sitio entre mis brazos en silencio, porque ya no iba a preguntarte lo que no podía quitarme de

la cabeza. Lo que, cinco años después, quiero saber y sigo sin haber podido leer en tu rostro: “Almudena, dime, ¿cómo es matar a alguien?”

## UNO, TREINTA Y UNO, SETENTA Y DOS

Don Cosme llegaba todos los días al Consultorio a eso de las diez y media, justo media hora antes de que terminara la consulta de la Doctora Ramón. Siempre con sombrero y bien trajeado y con un ejemplar del ABC bajo el brazo, se aproximaba a la ventanilla y saludaba sonriente con una leve inclinación de cabeza. Entonces me mostraba su tarjeta de sanidad, aunque, después de tantos días, yo no necesitaba leerla para recordar su nombre: Cosme Genaro Santiesteban. De hecho, en cuanto le veía aparecer por la puerta, comenzaba a escribirlo, de forma que cuando estaba delante de mí, yo tenía su número preparado. Pero él, aunque lo sabía, siempre mostraba su tarjeta, probablemente por su afán de meticulosidad o su deseo de demostrar que estaba bien documentado, algo que era fundamental en sus años de juventud.

El caso es que cuando le tendía el número, lo miraba con una avidez que no dejaba de ser sorprendente dado que no hacía nada por llegar puntual. Cuando además todos los días, con independencia del número que le hubiera tocado en suerte, lo veía pasar en busca de la salida apenas diez minutos después de su llegada.

Yo suponía que sólo venía a recoger algún medicamento que tenían que prepararle a diario y, como no tenía que hablar con la doctora, le habían eximido de esperar turno. Pero él probablemente se sentía tan intruso sin su número como un pasajero sin billete.

Pero lo que no terminaba de entender es por qué le preocupaba el número que le entregaba cuando, si como yo suponía, no debía esperar. Hasta que creí dar con la respuesta: tal vez si el número era muy alto, le daba más fatiga pasar delante de tanta gente. Porque cuando él llegaba a veces no habían pasado con la doctora más de veinte personas y él llegaba a coger hasta el cuarenta y cinco.

Entonces se me ocurrió una idea. Dado que siempre llegaba puntualmente a las diez y media, decidí guardarle un número, siempre el mismo, con el que, según mis cálculos, apenas tendría que esperar. Sabía que de alguna forma cometía una ilegalidad, pero me pareció de poca entidad

comparada con la tranquilidad del anciano. Así que cuando llegó al día siguiente, frené con un gesto su ademán de mostrarme el carnet y, como un vendedor de estraperlo que ha cumplido un encargo, le anuncié con una sonrisa de complicidad: “Le he guardado el 25”. Y al contrario de lo que esperaba, Don Cosme no sólo no pareció alegrarse sino que por un instante pareció perder su eterna sonrisa. Enseguida recuperó su semblante y me agradeció amablemente mi gesto de atención, pero supe que, más que sinceridad, en sus palabras había simple educación.

Al principio sentí cierto malestar por haber incomodado a Don Cosme. Y es que, en mi torpeza, no había reparado lo que esa pequeña trampa suponía para un hombre de su rectitud. Pero enseguida mi malestar se tornó sorpresa: después de hablar conmigo el anciano había permanecido discretamente cerca de la ventanilla y, en cuanto una mujer vino a pedirme número para la doctora Ramón, se le acercó y aunque no podía escuchar sus palabras, vi cómo la señora miraba su número y después se dirigía a Don Cosme, con lo que supe que este le había preguntado qué número tenía. Don Cosme le agradeció la información y su sonrisa denotaba alivio además de cortesía.

Por supuesto, los siguientes días no supe qué hacer. Si le había guardado el número una vez, era difícil encontrar razones para dejar de hacerlo al día siguiente, pero estaba segura que mantener esa costumbre era provocarle algún tipo de perjuicio. Así que al día siguiente, cuando llegó Don Cosme simulé un gesto de despiste y exclamé:

-¡Vaya, lo siento, Don Cosme, he olvidado guardarle el número!

Y al ver que el rostro serio con el que Don Cosme había acudido esa mañana a la consulta se había tornado alegre, supe que había acertado.

-No te preocupes, hija. Además -y se acercó para continuar en un tono confidencial-, es mejor que no te molestes porque luego la gente, ya sabes cómo es, empieza a murmurar...

-Lleva usted razón, Don Cosme -dije aliviada y admirada por la facilidad con que había resuelto aquella situación.

-De todas formas, muy agradecido -se despidió llevándose la mano al sombrero.

Aquella conversación sirvió para cerrar el asunto de los números, pero no alivió mi curiosidad. Así que unos días después me acerqué a ver a la Doctora Ramón después de su consulta y, tras algunos comentarios triviales le pregunté por Cosme Genaro. Para mi sorpresa, la doctora puso cara de extrañeza y, negando lentamente con la cabeza como si estuviera tratando de recordar, concluyó:

-¿Cosme Genaro? No me suena, la verdad.

-Pero si viene a tu consulta todos los días -ella se encogió de hombros-. Un señor mayor, vestido siempre con traje y sombrero, muy educado.

-Ah, sí -y ahora asintió-, creo que ya sé quién es, pero no viene a consulta, simplemente se sienta ahí a esperar un rato y se va.

-Pues siempre coge número.

-¿Ah sí? -sonrió divertida-, bueno, muchas personas mayores vienen a las consultas para poder hablar con gente. Aunque este, la verdad es que nunca habla con nadie...

Por supuesto, salí de la sala más intrigada de lo que ya estaba y es que explicar el comportamiento de aquel hombre comenzaba a resultarme una especie de obsesión, hasta el punto de que, por estrafalario que pueda resultar, tomé la decisión de espiar sus movimientos.

Así, al día siguiente, tras entregar el número a Don Cosme, pedí a una compañera que me sustituyera detrás del mostrador mientras yo seguía los pasos de Don Cosme. Como había dicho la Doctora Ramón, el anciano se dirigió a la sala de espera de su consulta, eligió un asiento en una esquina y, sin ni siquiera pedir la vez, extendió el ABC sobre sus piernas, sacó un pequeño bloc de un bolsillo de la chaqueta y, llevándose la mano al pecho, cogió un bolígrafo que debía llevar en el bolsillo de la camisa.

Nada más abrir el bloc, miró el número que yo le había dado y pareció que lo copiaba. A continuación cogió el periódico y, recorriendo rápidamente sus hojas, se detuvo en una de ellas. Echó un rápido vistazo, y vi como con el bolígrafo rodeaba una palabra. Cuando lo hizo, asintió sonriendo y tras retroceder una página en su cuaderno realizó una nueva anotación. Volvió a

coger el periódico, buscó otra página y en ella, con la ayuda del bolígrafo, comenzó a contar palabras. Lo hizo una vez, y tras hacer una anotación en el margen, volvió a hacerlo. Tras el segundo recuento, hizo un círculo alrededor de la anotación y volvió a escribir en el cuaderno. Después sacó otro bolígrafo y una pequeña regla y comenzó a trazar recuadros de color rojo alrededor de lo que había escrito. Cuando terminó, cerró el cuaderno, lo guardó en la chaqueta, guardó también los bolígrafos y la regla y comenzó a ojear despreocupadamente el periódico. A mí no se me ocurrían más cosas que hacer para estar por esa zona, pero afortunadamente el repaso de la prensa no le llevó más que unos pocos minutos. En cuanto cerró el periódico se levantó con un agilidad impropia de sus años y, saludando en voz alta, salió de la consulta. Aunque me vio por allí, no se sorprendió sino que repitió su saludo y se dirigió a la salida, aunque antes de llegar al hall de entrada tiró el periódico en una papelería del pasillo.

Fue en ese momento cuando recordé que, efectivamente, siempre salía del Consultorio sin el periódico. Me abalancé hacia la papelería con total falta de disimulo y comencé a revisar aquel periódico. Primero hallé un número rodeado de un círculo que supuse que era el resultado del recuento. Estaba junto a la lista de fallecidos en Madrid que, gracias a Don Cosme, supe que ese día habían sido 65. La verdad es que nunca me había detenido en una de esas listas y pensé qué diferente era leer una fría cifra como esa, 65, que leer la lista con los nombres y apellidos de cada persona fallecida y, sobre todo con sus edades. Es cierto que la mayoría eran edades de personas ancianas, pero me estremecí al comprobar que otras eran de jóvenes y algunas incluso de niños. Pensé en qué enormes eran las ciudades, que todos los días sucedían tragedias de las que no quedaba más constancia que un nombre en una lista que, por otro lado, no ocupaba más que un rincón de la página de Agenda.

La otra anotación estaba pocas páginas más allá, en la previsión del tiempo. Don Cosme había destacado la máxima y la mínima de la ciudad, y esas eran con toda seguridad las otras cifras que había anotado en su cuaderno.

Dejé el periódico de nuevo en la papelería y volví pensativa hacia el mostrador. ¿Por qué apuntaba Don Cosme esas cantidades? Para nada daba la impresión de ser un viejo loco, pero ¿por qué acudía todos los días al consultorio? ¿Realizaba todos los días aquellos cálculos? Era fácil comprobarlo,

no tenía más que esperar todos los días a que saliera del consultorio y echar un vistazo al periódico.

Y, efectivamente, durante los siguientes días estuve pendiente de los movimientos de Don Cosme aunque, para evitar sus sospechas, me limitaba a vigilar de lejos sus entradas y salidas para saber en qué momento me podía acercar a recoger el periódico. Sentía la misma expectación que quien espera todos los días la hora de su programa favorito y es que, en mitad del trabajo monótono del consultorio, ese pequeño y nuevo universo traía un poco de aire fresco a mi actividad cotidiana.

Así pues cada día, en el momento señalado, recogía el periódico y buscaba las páginas correspondientes. Encontré siempre similares anotaciones. Solamente uno de los días había un número tachado junto al del recuento, probablemente fruto de una equivocación. Me fijé en la cifra, 82, algo mayor que el primer día, pero curiosamente no muy diferente. En los sucesivos días me fui fijando en las cifras y raramente bajaban de 50 ni excedían de 100. Esa regularidad me pareció terrorífica, pues a la vista del periódico resultaba difícil pensar en encontrar un día la sección Fallecidos en Madrid con un aviso de que “Hoy no ha fallecido nadie”. Era como si todos los días partiera de la capital una especie de tren de la muerte y no pudiera irse de vacío pero tampoco abarrotado.

La semana siguiente hizo mucho frío. Ese tipo de días apenas viene gente a la consulta ya que muchos de los enfermos son ancianos cuyas dolencias, a menudo crónicas, pueden esperar al menos otro día más. Pero Don Cosme nunca faltaba. El primer día de verdadero frío le vi llegar con un gran abrigo gris y una gruesa bufanda blanca alrededor de su cuello.

-Hoy sólo es un 18 -dije tendiéndole el número.

El asintió sin dejar de sonreír

-Claro, con este frío, quien va a venir...

Y, echando mano al sombrero, se despidió y marchó a hacer su trabajo. Una frase me había venido a la cabeza pero no había llegado a pronunciarla: “Con este frío, hoy morirá mucha gente, ¿verdad?” y durante todo el día esas palabras no se me fueron de la cabeza. Ya por la tarde, observaba desde la ventana cómo la gente caminaba apresuradamente con el cuello de las prendas



subido y no podía evitar pensar cuántas personas estarían en ese momento pasando frío en pisos inhóspitos, algunas de ellas totalmente solas. Algunas incluso a punto de morir.

Esa noche apenas pude pegar ojo. Cuando me levanté miré por la ventana pero el tiempo no parecía haber mejorado. Salí para ir a trabajar y decidí que no podía esperar a que viniera Don Cosme, así que me detuve en el quiosco y, en cuanto tuve el periódico en mis manos, me apresuré a buscar la página de agenda. Empecé a contar temblorosa pero el resultado me sorprendió: 62. Volví a repasar pero no me había equivocado: sólo 62. Sentí un momentáneo alivio hasta que reparé en que el día anterior había sido el primer día de frío y que aquella lista probablemente pertenecía a los que habían fallecido dos días atrás.

Cuando compré el periódico al día siguiente confirmé mis sospechas: conté hasta 97 fallecidos.

Durante los siguientes días comencé yo también a realizar anotaciones. Al comprar el periódico, apuntaba las cifras de rigor, sólo que yo además, me fijaba en la previsión de temperaturas del día. Precisamente por su carácter de previsión, probablemente Don Cosme no le prestara mucha atención pero a mí me servía para calcular qué número aproximadamente le iba a dar a Don Cosme. Cuando adquirí cierta soltura normalmente no cometía un error mayor que cinco números. Después me fijaba en las temperaturas del día anterior y con ellas calculaba el número de fallecidos del día siguiente. Aquí el error podía llegar hasta a 10 personas, pero lo consideraba tolerable dado que el número total también era más elevado.

Poco a poco dejó de impresionarme leer los nombres de aquella lista y a cambio estaba cada vez más concentrada en aquel juego de previsiones, hasta el punto de que cuando llegaba Don Cosme, me costaba resistir la tentación de comentarlas con él. Hubiera querido preguntarle si él se limitaba a apuntar los datos o también trataba de estimar las futuras cifras. Pensé incluso en hacer una especie de competición para ver quién se aproximaba más a las verdaderas cantidades.

Pero no tuve tiempo de decidirme a hablar con él, porque a los pocos días dejó de venir al consultorio. El primer día que se ausentó lo achaqué a

cualquier contratiempo o pequeña enfermedad, pero cuando su ausencia se prolongó un par de días comencé a preocuparme. Tal vez había cambiado de consultorio o había decidido consultar otros datos. Pensé incluso si no se habría dado cuenta de mi hallazgo y había decidido trabajar en un sitio donde no tuviera testigos ni competencia. Esta idea me llenó de culpabilidad, así que, a la mañana siguiente, decidí coger su ficha y llamarle. Pero no contestó nadie. Miré el reloj, probablemente estaría trabajando. Lo intentaría más tarde.

A las diez y media, miré la lista. De haber venido Don Cosme, le habría entregado el 31, lo que apunté en mi libreta. Entonces cogí el periódico. La temperatura mínima de ayer había sido baja, 1º, y similar a la del día anterior. Habían fallecido 72 personas y, si hubiera leído la lista, habría comprobado que una de ellas era Cosme Genaro Santiesteban.

## LAS HERIDAS DEL PASO DEL TIEMPO

(Ó *El Hombre del Abrelatas*)

*En el blues siempre habla*

*un hombre que está solo*

(Eric Clapton, guitarrista)

Si a Carlos Astrain le quedaba algún verdadero vínculo con el mundo real, ese era su hermana Cristina.

-Te he conseguido una entrevista -le anunció por teléfono.

Astrain no tenía lo que podía llamarse un trabajo.

-¿Una entrevista? ¿Para qué?

-Para dar clases de música en un instituto.

-Qué dices.

Lo cierto es que aunque era un buen guitarrista que estaba bien considerado entre sus compañeros, apenas ganaba lo suficiente para pagar el alquiler.

-Necesitas dinero, Carlos, y lo sabes. Y tienes que elegir la mejor forma de conseguirlo. Si no quieres ser músico de estudio, de acuerdo, pero dime qué vas a hacer en su lugar.

Lo cierto es que salvo en sus primeros años de músico, casi toda su carrera la había dedicado a tocar en los discos de otros artistas. Y había que reconocer que en eso se había convertido en uno de los mejores, pues sabía interpretar las composiciones ajenas como si fueran propias, pero sin quitarle protagonismo al autor.

-Porque ya no estás dispuesto a volver a los estudios, ¿verdad?

No, no lo estaba. Bastó una reunión de la que había sido su primera banda para que se diera cuenta de que se había equivocado de camino. Fue con motivo del homenaje que la banda rendía al que había sido su maestro, Black Bear, un viejo *bluesman* de Chicago que, nadie sabía por qué, había acabado fijando su residencia en las costas mediterráneas. Allí el anciano músico se rodeó de jóvenes músicos a los que enseñó tanto la sencilla técnica del blues como su dolorosa interpretación del sentimiento.

Uno de sus proyectos fue The Aeroblues Band, para el que solicitó, entre otros, los servicios de Carlos Astrain, un joven y virtuoso guitarrista cuya mayor ambición entonces era grabar un disco. Black Bear, con tantos discos como años a sus espaldas, le enseñó qué cosas realmente importaba.

-Esto, chico -le dijo una vez sujetando un vinilo-. Esto lo hay a miles en las tiendas. Y algunos -continuó en su curioso castellano- no pagas más de un dólar porque nadie los quiere ya más. Pero lo que dejas aquí -dijo palmeando el pecho de Carlos-, lo que dejas dentro de las personas eso permanece siempre. Y no hay en el mundo dólares para pagarlo.

Por eso, a la muerte del viejo músico, bastó el concierto de homenaje que le rindieron, bastó incluso un inolvidable solo de guitarra que improvisó, para que se diera cuenta de que si podía tocar con tanta intensidad no podía resignarse a tocar para los demás, sobre todo si eran como muchos no más que productos que creaban las propias casas discográficas.

-Está bien, dame el teléfono -terminó por decirle a Cristina.

Su hermana hizo una pausa, durante la cual Carlos sabía que había sonreído. Pero enseguida recobró su dinamismo.

-Mira, tienes que preguntar por Lourdes Ortiz, que es la encargada de actividades extraescolares. Es una mujer súper agradable, ya verás que bien te llevas con ella.

Y había que reconocer que agradable sí que lo era, tanto como un hartón de caramelo. Le había recibido en su despacho, una habitación llena de posters y muebles abarrotados de juegos, balones, disfraces y todo un arsenal preparado para toneladas de horas de lo que ella seguramente consideraba diversión.

Al verle entrar se había levantado y le había plantado un par de besos.

-Hola, tu eres Carlos, ¿verdad?

Por un momento estuvo a punto de negarlo, pero se acordó del dinero.

-Sí, tú eres Lurdes, ¿verdad?

-Sí, pero casi todos me llaman Lur, es mucho más práctico.

Carlos se juró que nunca pronunciaría aquella abreviatura.

-Bueno, sentémonos -y le señaló un asiento enfrente al que había ocupado ella-. Vamos a ver, me han dicho que eres un gran músico. ¿Qué haces ahora?

Carlos se encogió de hombros

-Bueno, ahora toco habitualmente en pequeños locales...

Lur sonrió ilusionada.

-¿Sí? ¿Y qué tipo de música tocas?

-Fundamentalmente blues.

-Qué interesante. Así que tengo delante a un verdadero artista. ¿Y alguna otra ocupación?

-Sí, bueno, también escribo de vez en cuando algunos artículos de música. Para revistas, también algún periódico...

-Hombre, qué bien, podrías escribir en el periódico del colegio.

-Sí, bueno, ya veremos.

-Vale -y se concentró en un papel que tenía ante sí-. Mira, tenemos algunas horas disponibles y la Comisión Pedagógica ha decidido que estaría bien dedicarlas a la música.

-A la música.

-Eso es -sonrió Lurdes al ver que se entendían.

-Pero, ¿qué clase de música?

Lur se encogió de hombros.

-No sé, formar un coro, hacer un musical...

Carlos ladeó la cabeza y resopló un poco.

-Me temo que yo no sé hacer eso

-¿Y que habías pensado?

-Hombre, yo soy guitarrista...

-¡Eso es -le señaló ella de pronto como si hubiera tenido una iluminación-, clases de guitarra! Espera, que te voy a escribir tus horarios.

Y antes de que tuviera ocasión de arrepentirse, formaba parte del profesorado del instituto.

Yo siempre había querido aprender a tocar la guitarra. Por eso cuando anunciaron que habían puesto un profesor de guitarra en el colegio le dije a mis padres que me quería apuntar.

-¿Crees que es buena idea, Belén? -me contestó mi madre-. El año pasado dejaste la informática a mitad de curso...

-Eso fue diferente -me defendí-, aquello lo hacía por obligación, pero esto me va a gustar.

-¿Cómo lo sabes? -replicó mi padre-. Aprender un instrumento requiere mucho esfuerzo y dedicación...

Ahora es cuando de nuevo contaría lo de cuando aprendió a tocar el piano.

-...y te lo digo por experiencia que, cuando aprendí a tocar el piano, me pasaba las horas enteras y no es que llegara a ser un Mozart...

-Yo no quiero ser Mozart, papá, sólo quiero aprender para poder tocar mis canciones...

Yo no sabía nada de música pero en mi cabeza había canciones para llenar horas enteras de concierto, canciones donde escribía las palabras que no decía, porque la verdad es que siempre he sido un poco *planta*, “reservada” decían mis padres no sin cierta preocupación. Por ello, se me ocurrió decirles:

-Además, así puedo conocer gente nueva...

Y di en el clavo: el hecho de que su hija reservada hiciera nuevos amigos y además en un ambiente tan sano como unas clases de guitarra terminó por convencerles.

Así que al lunes siguiente me encontré en el aula de música con mi guitarra nueva y rodeada de los que iban a ser mis compañeros. No había nadie de mi clase así que el primer día no hablé con nadie. Y es que, al contrario que mis padres, mi mayor preocupación no era hacer amistades, sino descubrir los secretos de la música. ¡Tenía tanto que expresar! Me sentía como si fuera un pintor ciego o un novelista analfabeto, con tanto talento desaprovechado que estaba como enlatado. Estaba deseando ver al tipo que supuestamente me traería el abrelatas.

Y finalmente llegó, un par de minutos tarde y algo sofocado, imagino que por el retraso. Desde luego no era el tipo de profesor al que estábamos acostumbrados: llevaba una chaqueta negra algo vieja, unos vaqueros bastantes gastados y una camisa blanca muy amplia. Era moreno y con el pelo desordenado, aunque lo que más me llamó la atención fueron sus patillas, largas pero muy cuidadas.

Nada más entrar, saludó sin mirarnos, se quitó la chaqueta, apoyó la guitarra en una silla y nos recorrió con la mirada. Nada más entrar él se había hecho el silencio y allí estábamos todos, agarrando por el cuello nuestras guitarras y mirándole como si tuviéramos un juguete eléctrico y él fuera a repartir las pilas.

Finalmente abrió la boca para presentarse:

-Bueno, pues yo soy Carlos, el profesor de guitarra.

Y, como si hubiera apretado algún tipo de interruptor, empezaron a llover las preguntas.

-¿Sabes alguna de Alejandro Sanz?

-¡Qué dices! Mejor de Ska-P.

-¿Vamos a tocar la eléctrica alguna vez?

-Vale, chicos, primero sentaros -intentó calmarnos.

Pero nadie le hizo caso. Nadie salvo yo, claro, que después de tanto tiempo esperando al Hombre del Abrelatas, no estaba dispuesta a dar ninguna guerra.

-¡Eh, chicos, que os calléis!

Pero era inútil. Hasta el punto de que por un momento pareció dispuesto a marcharse. De hecho agarró la guitarra pero en vez de su chaqueta cogió una silla y, sin decir palabra, se fue al pasillo. Yo estaba tan intrigada que, si no fuera porque odiaba llamar la atención, hubiera salido tras él para ver qué tramaba. Pero enseguida lo comprendí, porque desde el pasillo se empezó a escuchar una música increíble, tan fuerte que ni los gritos de mis compañeros la tapaban y con tanto ritmo que nadie podía parar los pies. Ahora sí, nos abalanzamos hacia el pasillo y allí estaba Carlos, tocando aquello y moviendo los dedos con tanta velocidad que parecía increíble que los fuera colocando de forma tan precisa. Empezamos a batir palmas y a bailar con lo que armamos tanto jaleo que salió el jefe de estudios. Para nosotros el jefe de estudios era como el Séptimo de Caballería para los indios así que nos fuimos corriendo a nuestro campamento, en este caso el aula de música, dejando a Jerónimo, digo a Carlos, hacer frente al enemigo.

Durante la conversación, que nos pareció eterna, permanecimos de pie, con la guitarra en una mano y el abrigo en la otra, que eran como la cara y la cruz de la moneda que Carlos y el jefe de estudios lanzaban en ese momento.



Finalmente entró Carlos y, aunque con cara de pocos amigos, se sentó y dijo:

-Bueno, venga chicos, vamos a empezar.

¡Había salido cara!

El jefe de estudios había pedido explicaciones a Carlos.

-¿Se puede saber qué es todo ese jaleo?

-Lo siento, sólo quería llamar la atención de los chicos.

-Pues la ha llamado, sí señor, y casi la de todo el colegio.

Carlos respiró hondo y aseguró.

-No volverá a pasar.

-Así lo espero -dijo el jefe de estudios.

Y se marchó. Carlos volvió a la clase y comprobó que, por lo menos, los alumnos ya estaban callados. Después de todo, sonrió para sí, la demostración quizá había surtido efecto. Así les costaría menos realizar los tediosos ejercicios que tenían que aprender. Mucha gente abandona en la primera etapa del aprendizaje de un instrumento pues se precisa un gran esfuerzo que apenas se ve acompañado de resultados, pero no cabía duda que a los alumnos les animaría saber lo que uno podía llegar a tocar.

Con el resto de los grupos también utilizó trucos parecidos. Por supuesto, no salió al pasillo pues si no probablemente del pasillo se hubiera ido directamente a la calle, pero sí que utilizó su virtuosismo para captar la atención de los alumnos. Con el paso de los días, se convenció de que aquello no iba a ser tan difícil, pues más que formar verdaderos músicos, el objetivo era iniciar a los chavales en una práctica que les permitiera ocupar algunas horas muertas o animar una excursión.

Aunque por supuesto, Carlos sabía que la música realmente era otra cosa. Él mismo aprovechaba ratos sueltos antes o después de las clases para tocar lo que verdaderamente sabía, aquello que hubiera querido transmitir a sus alumnos si hubiera sabido cómo hacerlo. Pero es que ni siquiera sabía lo que a él le impulsaba a tocar, ni por qué en ocasiones cuando estaba sobre el escenario era incapaz de interpretar los temas con el sentimiento que deseaba, y sin embargo, en otros momentos que no tenía a mano la guitarra, sentía como una especie de emoción interna que exigía salir al exterior. Entonces envidiaba a los escritores, que no precisan más que un bolígrafo y un pequeño cuaderno para apuntar en cualquier momento lo que les dicta la inspiración. Pero, a pesar de todo, no se resignaba y, muchas veces, mientras estaba viendo una película o manteniendo una conversación, en su cerebro comenzaban a sonar notas que no por no poder aflorar físicamente se resignaban a desaparecer.

No podía más, necesitaba hablar con alguien y contarle lo que me sucedía. Mis padres bastante tenían con atender a todo y mis amigas, aunque siempre me escuchaban, yo sabía que estaban hartas de escuchar tanta desgracia.

Por eso decidí hablar con Carlos. La verdad es que en los meses que llevábamos de clase apenas nos habíamos dirigido la palabra. A mí me daba mucho corte levantar la mano para preguntar o pedir ayuda y era sólo él el que a veces se acercaba para corregir la posición de mis dedos o hacerme repetir una nota que no le había sonado bien.

Pero yo sentía que podía confiar en él aunque sólo fuera porque era millonario en esa música de la que yo sólo apenas había conseguido unas pocas monedas que, eso sí, iba almacenando con tanta ilusión como codicia.

Así que una tarde me acerqué al aula después de la clase. La puerta estaba entreabierta y se escuchaba música, una música como yo nunca había escuchado antes. Llamé a la puerta pero debí hacerlo tan suavemente que Carlos no lo escuchó. Abrí un poco más y le vi allí, sentado, casi volcado

sobre su guitarra y con los ojos cerrados. Gesticulaba con su rostro como nunca le había visto, como si cada nota le produjera algún tipo de dolor. Y, al mismo tiempo, movía la cabeza de un lado a otro como si estuviera negando permanentemente. Por un momento me sentí tan intrusa como si le estuviera viendo cambiarse y, de hecho, estaba segura que en ese momento estaba penetrando más en su intimidad que si estuviera tocando en calzoncillos.

De pronto, como si hubiera salido de algún tipo de trance, levantó la vista y me vio allí, plantada en la puerta como una idiota. No dijo nada, pero bastaba leer en la expresión de su rostro para darse cuenta de que aquella interrupción no le había gustado nada.

Yo no pude más que disculparme.

-Lo-lo siento -dije con voz temblorosa-. He llamado y he entrado pero usted no se ha dado cuenta y...

El siguió mirándome como si estuviera decidiendo qué hacer con aquella chica que le espiaba mientras tocaba en ropa interior, hasta que finalmente preguntó:

-¿Llevabas mucho tiempo ahí mirando?

Es lo que se pregunta siempre en las películas a los testigos molestos. Yo me encogí de hombros y, aferrándome al picaporte como para demostrar que podía marcharme en cualquier momento, admití:

-Bueno, un rato. Pero es que me gustaba mucho lo que estaba tocando y no quería interrumpir -y, sorprendida de mi propia audacia, añadió-. Nunca nos ha enseñado algo así.

Por un instante temí que aquello hubiera sonado a reproche pero él enseguida sonrió.

-Bueno, verás...

Parecía no recordar mi nombre.

-Belén.

-Eso, Belén. Verás, Esto tampoco lo puede tocar cualquiera.

-Hombre, ya, quizá no hoy, pero le aseguro que yo trabajo todo lo que puedo.

-Ya, lo sé, pero hay cosas que no se pueden aprender, ni ensayando todas las horas del día.

El Hombre se aferraba a su Abrelatas. Hubiera querido decirle que no pretendía quitárselo, que sólo lo necesitaba para abrir un par de latas de tenía. Y en ese momento, la verdad, lo necesitaba más que nunca.

-Por cierto, ¿qué querías? -me preguntó como si hubiera leído mis pensamientos.

Finalmente me decidí a acercarme hacia él. Cuando había pensando en hablarle, me había imaginado todo de forma sencillísima, pero ahora, viéndole frente a mí tan expectante, no sabía si salir corriendo o echarme a llorar.

-Era para decirle -empecé a contarle de forma embarullada-, que sí, bueno, podría cambiar de grupo porque por las mañanas, algunas sí que podría, pero muchas no y por las tardes creo que sí, aunque bueno alguna no, pero sería alguna y la podría recuperar, de verdad, aunque fuera trabajando en casa...

Carlos hizo un gesto de frenarme.

-Espera, explícame bien, ¿seguro que por las mañanas no puedes?

Fue entonces cuando respiré hondo y le dije lo que llevaba un rato intentando decirle:

-Es que tengo que ir al hospital.

Y de pronto, al pronunciar la palabra mágica, fue como si desaparecieran todos mis nervios, como si hubiera entrado de verdad en casa de Carlos y hubiera cerrado la puerta tras de mí.

-Es por mi hermano -proseguí-. Tiene leucemia.

Aquello hizo cambiar la expresión de Carlos. Se puso muy serio de pronto, pero con una cara muy diferente a la que ponía cuando se enfadaba en

clase. Ahora se reflejaba en su rostro la importancia de lo que estábamos hablando y reconocí en su expresión de gravedad que esta vez no hablaba con alguien de mi edad.

-Ven, siéntate -me invitó, y dejó también a un lado la guitarra-.  
Cuéntame.

Yo me senté y me dispuse a contarle, sin apenas poder mirarle a los ojos que, de todas formas, quizá por primera vez desde que empezaron las clases, sentía que tenía fijos en mí.

-Bueno -empecé diciendo-, está ya muy enfermo, mis padres dicen que yo ya soy mayor y que debo saber que se va a morir.

Hablaba de la muerte con naturalidad, quizá porque nunca me había enfrentado a ella. Igual que uno no puede abarcar la inmensidad del mar desde la orilla, la muerte para mí entonces no era más que una idea que, hasta que le llegara a alguien cercano, era como si la viera en un escaparate.

-Yo ya lo he asumido-proseguí-, pero es que él está ahí todavía y me reconoce y hablamos y es muy difícil pensar que pronto se va acabar todo. Y cada día me despido de él y necesito hacerlo como si fuera la última vez porque de hecho tal vez lo sea, y entonces me voy enseguida porque siempre me echo a llorar y mi madre no quiere que él nos vea llorar. Lo raro -y por un momento creo que sonreí- es que no esté llorando ahora...

El me cogió levemente el brazo.

-Llora si quieres. Eso es muy bueno.

Pero yo sacudí la cabeza.

-No, de verdad estoy bien -le miré a los ojos y añadí-. Perdona que le haya contado esto y, puf, además de esta manera.

Carlos hizo un gesto de rechazo con la mano.

-No te preocupes.

Pero aún así quise explicárselo.

-Es que mis padres bastante tienen y, aunque están muy pendientes de mí, yo tengo que demostrarles que estoy bien. Y mis amigos la verdad es que se han portado muy bien conmigo pero, jo, yo sé que es muy difícil estar con alguien que siempre está mal y no puedo estar todos los días contándoles lo mal que estoy...

-Entiendo. Hombre, no nos conocemos mucho pero cuando quieras contarme algo, hazlo con toda confianza.

-Está bien -acepté-. Bueno -dije levantándome-, me voy, que ya le he soltado bastante rollo.

El negó sonriendo.

-En absoluto. No te preocupes.

Ya iba a salir cuando recordé y me volví.

-Ah, entonces, ¿puedo venir por las tardes?

-Claro, mañana mismo. Por cierto, ¿puedes venir un cuarto de hora antes?

-Sí, bueno -respondí extrañada-. ¿Pero para qué?

-Lo digo por si querías aprender un poco de esa música que estaba tocando.

Yo respondí entusiasmada.

-¿A menos cuarto? Aquí estaré, seguro.

Y antes de marcharse, insistí:

-Y, eso, que gracias por escucharme

-Cuando quieras.

Y salí del aula mucho más ligera como si, a pesar de que el camino siguiera cuesta arriba, ya no estuviera tan sola para tirar del equipaje.

Nada más irse Belén, Carlos Astrain se planteó si realmente aquella conversación había tenido lugar. En los meses que llevaba dando clase apenas había intercambiado algunas frases con sus alumnos y casi siempre eran comentarios sobre grupos musicales. Y ahora llegaba esa chica, le explicaba su situación y era como si le mostrara un frágil objeto de cristal y le pidiera que lo guardara, por lo que él de pronto sentía que tenía una responsabilidad que, aunque no había pedido, no podía rechazar.

Aquella noche tocaba en *The Old Guitar*, un pequeño local donde actuaba algunos miércoles con una banda de blues. Le acompañaba entre otros Guillermo Rojas, *Teddy Bear*, un armonicista que era, junto con Astrain, el único superviviente de la época de Black Bear y la Aeroblues Band. Ya habían preparado los instrumentos y esperaban la hora del concierto tomando unas cervezas.

-Oye, Teddy -le preguntó de pronto Carlos-, ¿por qué hay tan pocas mujeres guitarristas?

Teddy le respondió con otra pregunta.

-¿Por qué hay tan pocas mujeres en las bandas de blues? Hay bastantes cantantes pero mujeres que toquen instrumentos, pocas.

-También es verdad -admitió Carlos y se quedó pensativo.

Teddy se sorprendió al ver a su amigo tan ensimismado.

-Eso es que últimamente no ligas - le dijo riendo- y por eso echas de menos que haya más mujeres en el circuito.

Astrain le sonrió pero no dijo nada. Echó un trago de la cerveza y entonces habló.

-No, no es eso, es que una alumna del instituto me ha pedido que le enseñe a tocar blues.

-¿En serio? ¿Seguro que es eso lo que quiere que le enseñes? Ya sabía yo que antes o después arrasarías entre las quinceañeras.

-¡Qué dices! Te puedo asegurar que nunca me había sentido tan viejo como cuando estoy en el colegio. No, esta chica lo está pasando mal...

Y le explicó a Teddy lo del hermano de Belén. Cuando terminó, Teddy resopló.

-Joder, macho, vaya dramón.

-Pues sí, pero es que además le he dicho que por qué no se viene un poco antes los días de clase para que le enseñe blues. El otro día me escuchó tocar y le llamó muchísimo la atención y si eso le distrae de su problema, pues mira, estupendo. Pero, no sé, me siento como si la estuviera engañando porque la veo y pienso, ¿cómo va a tocar una música tan desgarrada siendo tan joven como es y además, te lo digo porque lo pienso así, siendo una mujer? Por eso te preguntaba eso antes.

Teddy meditó un momento como si estuviera sopesando la teoría.

-No sé, tío, quizá tengas algo de razón. Quizá las mujeres sientan estas cosas de otra forma, por el instinto maternal y todo eso, no sé, tal vez sean más conservadoras...

-Sin embargo, se entregan mucho más que nosotros.

-Sí, eso sí, pero se mantienen mejor. Si lo piensas es más difícil que una mujer se hunda del todo por perder un trabajo o a su pareja y, sin embargo, a lo mejor les cuesta más soportar la pérdida de un hijo... Yo que sé, tío, estas cosas son muy complicadas. ¿Y tienes que enseñarle blues precisamente?

-Sí, de alguna forma me he comprometido. Ella no se va a conformar con algo más aséptico ni yo me siento con ánimos de engañarla con el problemón que lleva encima...

-No, si por eso te lo digo. Sólo te falta invitarla al cine a un ciclo de melodrama.

-Ya, pero de alguna forma pienso que le puede ayudar a liberar la tensión.

-Sí, eso sí -admitió Teddy. Y miró su reloj-. Habrá que empezar, ¿no? -Carlos asintió dejando su cerveza en la barra-. Carlos, amigo, hoy es uno de esos días.



-Sí, Teddy, creo que sí.

Y cualquiera que no les conociera no podía saber que se referían a una frase que una vez les dijo su viejo maestro. Fue un día de ensayo, tocando un tema que no terminaba de salir. Después de haberlo repetido mil veces, volvieron a equivocarse y Carlos casi arrojó su guitarra contra el suelo.

-Es inútil -dijo lleno de rabia-. Jamás podremos tocar esta maldita canción.

Black Bear, muy lentamente, se agachó a recoger la guitarra de Carlos y se sentó a tocarla, interpretando una pieza muy sencilla, como si, pensó Teddy entonces, estuviera tratando de tranquilizar a la guitarra.

-La música es como cultivo -dijo sin dejar de tocar-. Uno no manda a la lluvia, pero no por ella olvida la tierra. Mañana llueve o no, eso no importa. Pero la tierra es tuya, y debes querer la tierra, trabajar la tierra. Entonces llegará uno de esos días, llegará la lluvia y tu tierra estará preparada.

E hizo una pausa antes de decir aquello que Carlos y Teddy aún recordaban años después:

-Mientras no puedes otra cosa que esperar uno de esos días.

Dicen que las desgracias ayudan a madurar a las personas. No sé si será cierto, pero desde la enfermedad de mi hermano yo me sentía diferente al resto, como si ya hubiera leído muchos capítulos de un libro que el resto apenas hubiera empezado. Además, las clases de blues me habían hecho más introvertida si cabe y, en cuanto sonaba el timbre de salida, si no tenía que ir al hospital, corría a casa para poder tocar. Como durante esos días mis padres apenas podían parar por casa, el piso me pertenecía como un gran escenario donde podía practicar sin miedo a interrupciones.

De todas formas, a mis amigas mi transformación no les había pasado desapercibida y daba la impresión de que de la lástima que sentían por mí habían pasado de pronto a algún tipo de envidia, como si una planta mustia

que apenas se preocupaban de regar de pronto hubiera crecido tanto que las empequeñecía.

Un día se me acercó en clase Patricia, una de mis amigas.

-Hey, hola, Belén. ¿Qué tal tu hermano?

Yo me encogí de hombros.

-Igual, la verdad. No mejora pero tampoco va a peor.

Patricia se sentó en el pupitre.

-Ya no te quedas en el parque.

-Estoy muy ocupada, Patricia. El hospital, la casa...

Ella asintió con ironía.

-¡Ya, ya!

-¿Qué quieres decir?

-Vamos, Belén, todo el mundo lo sabe, lo tuyo con el de guitarra.

Yo me encogí de hombros.

-No sé de qué hablas, sólo me está enseñando blues.

-¿Blues?, ¿y eso qué es, tía?

De pronto se oyó una voz a nuestras espaldas.

-Es una música negra, la cantaban a principio de siglo los que trabajaban en el algodón y todo eso.

Era la voz de Mario, un compañero de clase.

-¿Quién te ha preguntado, Mario? -le espetó Patricia sin mirarle.

Pero intervine enseguida.

-¿Conoces el blues? -le pregunté ilusionada.

El se encogió de hombros.

-Bueno, se tocar un poco... con esto.

Y sacó una armónica del bolsillo.

Mario era el *raro* de la clase. A mí siempre me había llamado la atención porque iba a su aire y apenas hablaba con nadie en los pasillos. Sin embargo, intervenía bastante en clase y parecía que le gustaba poner en aprietos a los profesores, lo cual por cierto lograba con cierta frecuencia.

Mario señaló con la mirada mi guitarra.

-¿Sabes tocar eso?

Yo asentí y, como quitándole importancia, me dijo:

-Podríamos tocar juntos.

Yo acepté sonriendo. Quedamos en hablar los próximos días y, cuando se alejó, pensé que, en vez de su armónica, me había ofrecido una especie abrigo para mi guitarra, un abrigo de cuya calidad estaba convencida aunque, eso sí, faltaba probárselo para ver si realmente era de la talla adecuada.

Durante las siguientes semanas, Carlos Astrain continuó formando a Belén en la técnica del blues. Las clases que compartían tenían algo de especial, ya que apenas hablaban, como si habitaran un reino cuyo único idioma fuera la música que practicaban. Belén no había vuelto a hacer mención a su hermano ni a la enfermedad y Carlos prefería no comentarle nada, en parte porque a él mismo le costaba hablar de sentimientos pero también porque intuía que aquel era uno de los pocos momentos en que Belén podía olvidarse del asunto.

Pero con el paso del tiempo, Carlos supo que llegaría el momento en el que la formación técnica de Belén tocaría a su fin y entonces, ¿qué iba a suceder? Como sabiamente le dijo Teddy cuando Carlos le explicó sus dudas, hay algo que no se puede aprender: las heridas del paso del tiempo.

-Debes dejarla -le aconsejó esa noche con la mano en su hombro-. Le has explicado el camino pero ella tiene derecho a recorrerlo.

Carlos asentía porque, aunque el corazón le dictaba lo contrario, sabía que su amigo llevaba razón.

-Lo sé, Teddy, lo sé. Pero es que siento que he encontrado un alma limpia. No sé, es como si fuera una especie de superdotada de los sentimientos, no sé si me entiendes...

-Sí, pero, a pesar de todo, tiene dieciséis años. Y le queda mucho por vivir -y como conocía a su amigo, añadió-. Tanto, amigo, y quizá sea eso lo que te preocupa, tanto como tú has vivido.

Carlos sonrió y levantando su copa brindó diciendo:

-Por las heridas del paso del tiempo.

-Por esas mismas -dijo Teddy entrechocando su copa con la de Carlos.

Y es que aunque a Carlos le preocupara que aquellas clases provocaran en Belén algún tipo de dependencia, por otro lado, con lo que había aprendido, pensaba que también sería una lástima que no siguiera progresando. Quizá sería bueno que conociera a otros músicos, pero enseguida rechazó la idea de invitarla a un concierto ya que no le parecía bien salir por ahí con una alumna. Aunque se le ocurrió que un día podía llevar a Teddy a tocar a la clase. Y así lo hizo. Además le pidió que viniera antes de la hora para que pudieran tocar un par de piezas con Belén.

-Tu simplemente toca el ritmo -le explicó a la chica-, no te preocupes de nosotros, a veces te seguiremos y a veces nos saldremos.

-Pero volveremos enseguida-intervino Teddy-, tú no te preocupes.

Belén sonrió, pero como era habitual en ella, enseguida estaba preparada para tocar.

Carlos le dio la señal:

-Un, dos, tres, ya.

Y Belén comenzó a tocar. Era solamente un ritmo repetido: tan tatán tatán, tatatatatán tatán tatán, tatatatatán tatán tatán...

-Es como un tren -le explicó más tarde Teddy a los alumnos cuando estuvieron todos juntos-. Uno es el maquinista y poco a poco se van subiendo todos.

Y así era ahora. Sin abandonar Belén nunca el ritmo, tan tatán tatán, ahora Carlos se le añadía sin tocar nunca a la vez pero sin desviarse demasiado, como si sus notas acompañaran a las de Belén y juntas comenzaran a bailar, pero sin pisarse nunca ni dejar de ir siempre hacia adelante.

Si no hubieran entrado los demás alumnos, quizá ninguno de los tres hubiera sabido cómo parar aquello, pero al ver que no estaban solos pararon de golpe, un golpe seco, como si durante una buena película alguien encendiera las luces y la realidad barriese de un tirón el mundo que nuestra imaginación estaba construyendo.

En cuanto se hicieron las presentaciones de rigor, la máquina volvió a funcionar.

-El tren nunca para -explicó Teddy. No paraba de mover la cabeza al machacón ritmo de la música hasta que de pronto sacó su armónica y, al soplarla, sus notas fueron al principio el silbido del tren, después parte de su marcha y, poco a poco decayeron como si él se despidiera y el tren siguiera su ritmo dejándole en el andén.

-Blues significa triste, ¿verdad? -preguntó después un alumno.

-Sí, significa algo así. Escuchad.

Cerró sus ojos y, sujetándola casi con dulzura, extrajo de su armónica una melodía sencilla pero tan sentida que, cuando permitió de nuevo el silencio, nadie pudo interrumpirlo.

-Ella -prosiguió Teddy tras una pausa mostrando su armónica- sabe cuándo hay dolor y sabe transformarlo. Es como una traductora del lenguaje del alma, una traductora experta a la que es imposible engañar -hizo una pausa antes de proseguir-. Si algún día vais a un concierto de blues, quizá no escuchéis auténtico blues. Si veis un tipo sonriente haciendo virtuosismo con la

guitarra e invitando a sus amigos a salir al escenario, no escucharéis el mejor blues. Pero si os dejan, no entrar, pero sí asomaros al camerino y ver al mismo músico, cansado de la gira, callar de pronto un momento y coger la guitarra y tocar, quizá recordando a esa mujer que en algún sitio le espera o le ha dejado, entonces sí que escucharíais blues, blues de verdad.

Todos se quedaron en silencio hasta que otro alumno intervino.

-Jo -se lamentó- a mí la verdad es que me gusta mucho como tocas, pero yo así dolor no siento.

Todos rieron.

-Mejor, chaval -le dijo Teddy-, que tampoco es cuestión de que ahora os de a todos por el blues y nos dejéis a este y a mí sin trabajo. Tu a la salsa, majo, que tiene más futuro.

Y así entre risas, acabaron la clase.

Había quedado con Mario a la salida de clase para ir a tocar al parque. No quería llegar tarde a casa para que mis padres no estuvieran solos mucho rato, pero necesitaba aquel rato como un coche necesita gasolina, y no era cuestión de quedarse en mitad de la cuneta.

Mientras nos internábamos en el parque apenas hablamos. Y es que Mario hablaba muy poco, era como si dedicara todo el tiempo a preparar esas frases brillantes que luego decía. “El perfume se sirve en frasco pequeño”, solía decir mi abuela para justificar la poca estatura de mi madre; y pensé que esa era la opinión que Mario tenía de las palabras: que en vez de una cascada de frases sin importancia eran mejor unas palabras que, aunque pocas, fueran mucho más difíciles de olvidar.

-¿Nos sentamos aquí? -dijo señalando un banco.

Yo me encogí de hombros sonriendo, así que nos sentamos.

Mario sacó su armónica y, tras limpiarla con la manga de su camisa, se dedicó a mirarla con cuidado como si hubiera podido sufrir alguna modificación en aquel pequeño trayecto.

-¿Qué sabes tocar, me preguntó?

-Un amigo mío -era Teddy-, dice que tocar canciones es como ponerle vallas al campo.

Por un momento Mario no supo qué decir, lo cual me dejó muy satisfecha.

-Tu sólo escucha -le ordené casi-, y a ver si llevas algo ahí dentro - dije señalando la armónica.

Comencé a tocar casi sin pensar, que es como decía Carlos que debía tocar ahora que ya sabía un poco, sin preocuparme excesivamente de la posición de los dedos ni de si el sonido de las notas era totalmente puro.

-Tú sólo preocúpate de ti -me había dicho -. Es como si tomaras una medicina para recuperarte. Por eso tienes que notar sus efectos en todo tu cuerpo.

Casi sin darme cuenta había cerrado los ojos pero no por ello dejé de percibir la armónica de Mario, a escuchar sus notas como las pisadas de alguien que siguiera mis pasos. Por un momento quise correr con mi guitarra para dejarle atrás pues sabía que le llevaba a un lugar dónde uno no podía esconderse, una especie de inmenso desierto donde el dolor no podía ocultarse y, al no poder matarlo, lo mejor era bailar con él, dejar que te rodeara con sus brazos y dejarse llevar. Lo mejor con el dolor era quererlo a pesar de todo, como a ese familiar que ha obrado mal pero, al ser sangre de tu sangre, no puedes borrarlo de tu vida.

Todo esto pensaba mientras tocaba y era como si tocara desde dentro ya que, en vez de escuchar los sonidos que yo misma producía, lo que de verdad percibía eran los trocitos que me iba arrancando, como si me estuviera limpiando por dentro. No sabía cuándo iba a acabar, pero no me importaba porque, como decía Carlos, era como vaciar una piscina: llegará un momento en que se vaya la última gota por el desagüe.

Y cuando llegó esa gota, yo estaba llorando y me di cuenta al sentir no mis lágrimas sino los dedos de Mario acariciando mis mejillas y diciendo:

-Estás llorando.

Que, por lo obvio de la frase, supe que era de admiración. Me quitó la guitarra de las manos y, diciendo “Ven aquí”, me acomodó entre sus brazos y no dijo nada más pues adivinó que en ese momento no necesitaba más que un hombro donde poder llorar sin más preguntas ni respuestas. Dejé escapar todas las lágrimas que había acumulado durante los últimos días y, mientras Mario me acariciaba el pelo con suavidad, sentí como el Dolor se acercaba e, inclinándose con su rostro triste, me invitaba a bailar.

Aquella tarde Carlos comenzaba a recoger las cosas del aula cuando se dio cuenta de que Belén le esperaba en la puerta.

-Hola -le saludó.

-Hola, Belén. ¿Ocurre algo?

Ella sacudió la cabeza.

-Nada, simplemente... -dudó-, bueno, que quería darle las gracias por todo. Puf, la verdad es que nunca pensé que pudiera tocar así. Y, eso, que quería darle las gracias por haberme enseñado.

-Nada, Belén, para mí esto de enseñar a alguien a tocar blues también ha sido una experiencia interesante. Y tengo que decir que has aprendido bastante. Teddy y yo lo hemos estado comentando, que tocas muy bien.

-Gracias.

Se produjo un silencio muy intenso que Carlos respetó porque sabía que aquella conversación no había terminado. Y, efectivamente, Belén prosiguió:



-Que también quería decirle desde hace tiempo, que si le viene bien -estaba llorando, pero con mucha serenidad-, que, bueno, que ya puedo venir al grupo de la mañana.

-¿Por la mañana? Pero...

Y entonces Carlos lo comprendió. El hermano de Belén ya había fallecido y, probablemente no ese día ni el anterior, sino semanas atrás. Y en ese instante se reprochó no haberlo intuido, no haber preguntado antes, no haberse fijado en los signos que con toda seguridad se habían podido leer en el rostro de la chica. Hasta que ella, con una sonrisa, interrumpió sus pensamientos.

-No se preocupe, estoy bien, de verdad.

-¿Seguro?

Ella asintió en silencio.

-Entonces -le preguntó Carlos-, ¿hasta el miércoles por la mañana?

-Sí -pronunció ella apenas. Hasta el miércoles.

Y, dando media vuelta, salió de la clase.

Mientras la veía alejarse por el pasillo, Carlos estuvo a punto de llamarla. Se resistía a dar por cerrada la conversación de aquella forma, a obviar el vínculo que había surgido entre ellos justo cuando Belén necesitaba más apoyo que nunca. Era como si hubieran corrido juntos una carrera de obstáculos y de pronto él se detuviera y dejara que Belén recorriera sola los metros decisivos.

Pero quizá fuera esa la respuesta, que lo que ahora Belén necesitaba, la seguridad de la mano de su madre ó las caricias de un chico de su edad, él ya no era capaz de dárselo.

Al menos sintió que había pagado una especie de deuda que tenía con Black Bear. Recordó la época en que tocaba para él y, como las veces en que Carlos tenía que marcharse, al viejo músico parecía que le tragaba la tierra.

Por ello, una vez, antes de irse, se dirigió al *bluesman*.

-¿No te gustan las despedidas, eh? -le preguntó.

Black Bear hizo una pausa y, tras sus gafas negras, respondió:

-Tú tienes mi blues. Qué adiós voy a decir si llevas mi blues contigo.

Y efectivamente, en los momentos de más intensidad de la música de Carlos Astrain, el guitarrista había sentido la presencia de Black Bear tan cierta como cuando pertenecía a su banda. Incluso, en los conciertos en que tocaba con más intensidad sentía que lo hacía tan sólo para lograr la aprobación de su maestro y, las pocas veces que creía conseguirlo, llegaba a comprender porque Black había huido de la popularidad, pues toda una carrera musical podía tener sentido en la búsqueda de unos pocos momentos de plenitud, en los que la música fuera fiel reflejo de unos sentimientos que, por su crudeza, no podían ser compartidos con nadie.

Carlos miró su guitarra y se preguntó cuántos de esos momentos de plenitud le estaban aún reservados, cuántos llegaría a tener Belén. Pensó que tal vez dentro de un rato ella también estaría tocando. Y esa idea le reconfortó pues, aunque no podía saber qué le depararía el futuro, ahora al menos, gracias a él, llevaba el blues consigo, con lo que le costaría menos enfrentarse a las heridas del paso del tiempo.

## MANOS ENLAZADAS

Conocí a Luna en la escuela de adultos. Llanos y yo llevábamos varios años colaborando en los talleres de la escuela. Llanos es pintora y yo escultor. Nos conocimos en la escuela de Bellas Artes y, a los pocos meses estábamos viviendo juntos. Cuando terminamos de estudiar tuvimos algunos años de dificultades pero finalmente conseguimos vivir de nuestro trabajo sin demasiadas apreturas. Vivir de nuestro arte nos parecía un privilegio en un mundo como el nuestro en el que casi todo el mundo tiene que compatibilizar la creación con otro trabajo que le de comer. Por eso sentíamos que, de alguna forma, debíamos devolver a la sociedad algo de lo que habíamos recibido.

El proyecto de la escuela en seguida nos interesó. A diferencia de otros centros de educación para adultos, no se limitaba a formar a las alumnas (la mayoría eran mujeres) con el fin de obtener algún título sino que se intentaba concienciarlas de sus derechos. De esa manera se les integraba en la organización de la escuela en la que, al ser de tipo asambleario, ellas debían tener la misma capacidad de decisión que los que éramos sus monitores.

A pesar de la utopía que pueda parecer que profesores y alumnos gestionen codo a codo un centro de enseñanza, debo decir que esto es perfectamente posible y, si recuerdo intensamente los años que trabajamos en aquella escuela, es por el intento de rebelarse contra lo establecido, aunque fuera en el modesto ámbito de una escuela.

Además de, por supuesto, por haber conocido a Luna.

Cuando comenzamos a trabajar en la escuela, todos coincidimos en que valía la pena aprovechar los conocimientos que teníamos Llanos y yo para iniciar un curso relacionado con el arte. Lo llamamos Expresión Artística y pretendía precisamente eso, transmitir a las alumnas cauces para que pudieran expresar el arte que toda persona, en mayor o menor medida, llevar dentro.

Con el fin de que cada una encontrara la expresión artística en la que se encontraba más cómoda, dedicamos las primeras clases a introducir las

diferentes técnicas y, semanas después, nos dividimos en distintos talleres más especializados. Nuestro objetivo, más que desarrollar cursos muy académicos, era crear un escenario en el que aquellas mujeres dieran suelta a su creatividad.

A Luna no le gustaba mucho la pintura. Más tarde descubrí su necesidad de usar las dos manos, de mezclarse con el barro como si con ello pusiera más de sí misma en la obra. Ni siquiera le gustaba trabajar con el torno, como si el movimiento fuera una ayuda desleal. Muchas de estas cosas las averigüé por pura observación porque al principio ella apenas hablaba conmigo. En eso destacaba de las demás, pues el resto de sus compañeras no paraban de hablar y bromear conmigo. La mayoría eran mujeres casadas, de cuarenta o cincuenta años, que encontraban en la escuela la posibilidad de obtener un título y, sobre todo, conseguir un desarrollo personal que hasta entonces las circunstancias de la vida no les habían permitido.

Luna, sin embargo, era más joven. También estaba casada, como supe en seguida, pero yo cuando la conocí le calculé la treintena. El primer día, cuando todas se presentaron, supe también que no tenía hijos y que normalmente tampoco trabajaba.

- Atiendo la casa, hago la comida, esas cosas... -dijo casi como disculpándose.

Pero yo, como escultor, percibí la belleza en Luna en cuanto la conocí, una belleza que, sin embargo, aún nadie parecía haberse molestado en darle forma.

Todos los meses había una asamblea en la Escuela en la cual se tomaban las decisiones más importantes. Los monitores convencíamos a las alumnas de que ese momento era aun más importante que las propias clases ya que era en la asamblea donde podían ejercer su derecho de participación y decisión en la marcha de la Escuela.

La mayoría de ellas acudía pero con poca convicción. Bien es cierto que muchas veces en las reuniones nos enfrascábamos en discusiones sobre la ideología de la Escuela que, si bien a los monitores se nos antojaban fundamentales, no eran muy importantes en la visión que la mayoría de las alumnas tenía del centro.

Claro que había excepciones, como la propia Luna y Emilia. Emilia era de alguna forma la líder de todas aquellas mujeres. Separada y con hijos, trabajaba limpiando en las casas y sacaba fuerzas quien sabe de dónde para, además de trabajar y atender a su familia, colaborar intensamente en la escuela. Pertenece a una familia de tradición de izquierdas y se identificaba plenamente con las ideas que se respiraban en la escuela. Como una especie de intermediaria, se encargaba de, como decía ella, espabilar a las mujeres al tiempo que nos frenaba cuando nuestras discusiones ideológicas se salían de madre.

Luna, mientras tanto, apenas intervenía, pero no perdía detalle de lo que se hablaba hasta que el punto de que era de las pocas personas que se preocupaba en tomar notas. Quería entenderlo todo y, cuando se sentaba a mi lado, me preguntaba si se perdía en alguna discusión. Y era, a veces, cuando le explicaba los términos ideológicos que se escuchaban en la asamblea, cuando yo mismo descubría qué vacíos resultaban alguno de ellos, como si nuestras ideas estuvieran guardadas en una vasija y, en vez de mirar a su interior, discutíamos por el color de la etiqueta.

Cuando estábamos en el taller, me gustaba acercarme a donde trabajaba Luna. Curiosamente, ella trabajaba en un rincón, como si tomara físicamente la distancia que personalmente mantenía con las demás compañeras. Realmente se llevaba bien con ellas, pero si estas aprovechaban para charlar mientras modelaban, Luna parecía necesitar su concentración.

Por eso siempre que me acercaba a ella lo hacía con la misma suavidad que si visitara a un enfermo o me acercara a comprobar si un niño duerme. Contemplaba su obra y tan sólo hablaba para contestar a alguna de sus preguntas. Hasta el punto de que si notaba que había cometido algún error que podía estropear su trabajo me limitaba a señalárselo, sabiendo que ese gesto

era suficiente. Y, efectivamente, ella miraba el lugar que yo había indicado y, sonriendo con gratitud, arreglaba el desperfecto.

Esa poca necesidad de hablar me sorprendía, pues mi vida siempre ha estado llena de palabras: palabras para discutir las ideas, palabras para hablar de cultura y palabras para querer a Llanos, para tratar de explicarnos ambos aquello que nos une. Igual que en un frío pasillo del metro resulta tan gratificante escuchar la interpretación un músico, el silencio a mí me resultaba tan grato quizá porque estaba demasiado ocupado en narrar y explicar todo lo que ocurría en mi vida.

Con el paso del tiempo iba sintiendo cada vez más la necesidad de conocer a Luna. No es que me sintiera atraído por ella. Por supuesto que me parecía atractiva, pues era más bien alta, de largo pelo negro y, como me gustan a mí las mujeres, no demasiado delgada. Pero realmente al principio no estaba atraído físicamente por ella. Además yo quería a Llanos: mi relación con ella, a pesar del tiempo, distaba de ser monótona y, básicamente, manteníamos la misma pasión de los comienzos.

Pero Luna era diferente: junto a ella tenía una sensación de familiaridad tal que me llegar hasta a ella era como cuando uno vuelve a casa de sus padres cuando se siente desraizado. De alguna forma, acudía a Luna para escapar.

Un día después del taller la animé a venirse a tomar algo. La Escuela funcionaba por las tardes y al final de la jornada siempre había gente que se quedaba a tomar algo. Las alumnas, salvo Emilia y alguna otra, casi nunca se quedaban, en parte porque a muchas les esperaban sus maridos a los que no les gustaba que su mujer anduviera por ahí, y en parte porque, sin quererlo, los monitores creábamos un ambiente en el que ellas no se sentían muy integradas.

-¿Te vienes entonces?

Ella miró su reloj durante unos segundos, como si estuviera tratando de interpretar en las manecillas la conveniencia o no de quedarse con nosotros.

-Bueno, un rato.

Aunque sonrió al decirlo, me pareció que no estaba muy convencida, así que de alguna forma me arrepentí de habérselo propuesto pues no quería crearle ningún tipo de incomodidad. Llegamos al bar y, cuando le cedí el paso al entrar, me di cuenta de que no trataba a Luna con la misma naturalidad que a Llanos. Llanos y yo siempre hemos pensando que en la cortesía hacia las mujeres hay mucho de machismo y por eso siempre, aunque nos tratemos con ternura, yo siempre he evitado gestos de lo que siempre se ha entendido como caballerosidad. Pero a Luna, yo no dudaba en cederle el paso igual que no dudé un instante, cuando saludamos a los demás, en buscarle una silla y preguntarle que quería tomar.

-Pues no sé... -dudó.

-Venga, mujer -terció Emilia, que era una de las que estaban a la mesa-, tómate una caña.

Ella asintió encogiéndose de hombros así que pedí las dos cañas.

Cuando ya estábamos todos sentados, Luna sacó la cajetilla. Encendió un cigarrillo y, al expulsar el humo de la primera calada, fue como la primera y única señal de que estaba allí. Al menos para el resto, pues yo sí recibía, cuando ella escuchaba según que frases, alguna mirada de complicidad.

- Necesitamos la implicación de las alumnas -argumentaba uno de los compañeros-. No podemos plantearnos un centro realmente autogestionado si no contamos con su participación.

- ¿Y cómo lo vas a conseguir -respondía Emilia- si no te pones a su nivel?

- ¿Qué quieres decir con su nivel? -preguntó Llanos-, lo dices como si ellas estuvieran en otro nivel.

Emilia sacudía la cabeza con desesperación.

-Están a otro nivel -dijo finalmente-, no necesariamente a un nivel inferior, pero desde luego en otro nivel diferente. A ellas, después de todo un día de trabajo, les da igual quien mande en la escuela siempre que exista un sitio para ellas.

-Pero -repuse yo-, tal vez es cuestión de tratar los temas que a ellas les resulten más cercanos.

-Tal vez -sonrió Emilia-, sea cuestión de que a vosotros os sean más cercanos los temas que a ellas les preocupan.

-Pero se trata de que cambien su visión de las cosas -dijo el primer compañero.

-¿Por qué? -se defendió Emilia-, ¿es que estás seguro de que tú llevas la razón? Tal vez sean ellas las que tienen que hacerte a ti cambiar de opinión...

Y entonces Luna me miró con una sonrisa de cierta malicia. Emilia nos daba más de un baño de realidad, como si nos demostrara que bajo nuestro atuendo *progre* llevábamos algún tipo de ropa interior de lujo.

-Bueno, yo me voy -anunció Luna.

Instintivamente miré el reloj y supuse que la estarían esperando. Y por primera vez pensé en su marido, en cómo sería esa persona que todos los días al llegar a casa, tenía a Luna esperando.

No tardé mucho en averiguarlo, pues una tarde, cuando llegó Luna, las demás no pararon de lanzarle bromas.

-Cómo te habías guardado a tu hombre, ¿eh?

-Haces bien, porque con lo bueno que está es mejor que no lo traigas por aquí....

-Sí, porque vaya culo que tiene el tío...

Luna no dijo nada, aunque por su sonrisa no parecieron molestarle las bromas.

-¿Qué pasa, que vino ayer tu marido a buscarte?

Ella asintió.

-Sí, es que al salir del mercado fue a tomar unas cañas y ya aprovechó y pasó a buscarme...



-Ah, pues a ver si me lo presentas un día.

Ella me miró un momento para asentir pero en seguida volvió la vista a la obra en la que estaba trabajando. Representaba a una mujer sentada frente al mar. En la playa sólo aparecía la figura femenina que contemplaba un mar de barro cuya inevitable quietud daba a la obra un aire melancólico, de cierto fatalismo.

Luna trabajó bastantes días en esa obra. Recuerdo un día que, después de terminar de dar forma a las olas, permaneció un tiempo pensativa como si dudara de cómo continuar. Yo me acerqué a ella y le pregunté.

-¿No sabes cómo seguir?

Ella suspiró.

-Más bien no puedo seguir como quiero -y ante mi gesto de extrañeza prosiguió-. Lo malo de la escultura es que tienes limitaciones. En la pintura tu puedes imaginar lo que quieras, pero en la escultura...

-¿Qué querías poner?

-Un pájaro volando. Por aquí -dijo agitando los dedos por encima de su obra-. Pero no es posible.

Yo traté de darle una solución.

-Hombre, si pusieras un cable muy fino de forma que...

Pero ella me detuvo con un gesto.

-No, prefiero no usar ningún truco. Si no puede ser, no puede ser.

Esa renuncia de Luna a un simple truco en la escultura me influyó tanto que, desde entonces, dudo antes de incluir algo parecido en mis obras, como si con ello en cierto modo traicionara el espíritu de pureza que siempre, de alguna manera, aparecía en las suyas.

Semanas después, decidimos ir todos juntos un sábado por la tarde a una exposición de arte contemporáneo. Habíamos discutido mucho en el taller

sobre algunas obras modernas que ellas habían visto en la prensa o en televisión, así que Llanos y yo decidimos que sería buena idea ir todos juntos a una exposición y comentar las obras. Finalmente ella se lió porque justamente en esos días ella preparaba su propia exposición, así que fui yo sola con las alumnas. La experiencia fue muy positiva pues descubrimos que muchas obras tenían más sentido de lo que ellas pensaban y, por qué no decirlo, menos del que yo les adjudicaba.

Cuando volvimos a la escuela las demás se marcharon rápidamente y nos quedamos Luna y yo.

-¿Quieres que tomemos algo? -le pregunté.

Ella dudó un momento y finalmente dijo:

-Podemos ir a mi casa.

-Está bien -asentí.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, tuve la extraña sensación de estar a punto de cometer una especie de adulterio. Adulterio viene de adular, quitarle a algo su autenticidad o pureza, y el caso es que yo pensaba que no había de impuro en la relación que yo mantenía con Luna. Y, sin embargo, tenía la sensación de estar dando pasos hacia algo que no estaba del todo permitido.

Su piso era el típico de una pareja casada, con predominio del adorno sobre lo funcional. Pensando en nuestra casa, todo me parecía muy ordenado: en las mesas sólo había ceniceros, en la cocina no había rastros de haber cocinado recientemente y no parecía haber nada que no ocupara el lugar adecuado.

Luna se ofreció para coger mi cazadora.

-Dame, que ya la guardo.

-Gracias -le sonreí.

Mientras Luna iba a colgar mi prenda, me fijé en su foto de boda. Ella estaba preciosa, no puedo decir otra cosa, pero no tenía esa expresión radiante que suelen tener las novias. Su rostro, bien es cierto, reflejaba felicidad pero

una felicidad contenida, como si ese fuera el mayor grado de expresividad que se pudiera esperar de ella. Su marido, por contra, sonreía francamente. Era un tipo alto y fuerte, con un aspecto totalmente saludable. Carlos, como luego supe que se llamaba, rodeaba por el hombro a Luna que posaba con ambas manos sobre el ramo de novia.

Cuando Luna volvió al salón, me indicó el sofá.

-Bueno, siéntate.

-Gracias -dije haciéndole caso, y añadí- ¿Cuánto hace que te casaste?

-Cinco años.

-¿Y pensáis tener hijos?

Ella se puso seria de pronto así que en seguida retiré la pregunta.

-Perdona, a lo mejor te he incomodado.

Ella negó con la cabeza.

-No, tranquilo. En realidad podíamos tenerlos. Carlos quiere..., pero yo no estoy segura... -y entonces, como para cambiar de conversación, se levantó y preguntó-, bueno, ¿qué?, ¿qué quieres tomar?

-Pues una cerveza, si tienes...

Ella se rió, como avergonzada.

-¿Qué pasa? Si no tienes, me da igual otra cosa, de verdad...

Ella rechazó la idea con un gesto de la mano.

-No, es una tontería... Es que, como el otro día os escuché hablando de vinos, había comprado una por si...

Yo tenía que haber preguntado “¿Por si qué?” pero prefería no escuchar la respuesta y dejar las cosas en ese estado de ambigüedad en el que tan a gusto no estábamos moviendo.

-Ah, pues venga, enséñamela –dije levantándome, como si traer aquella botella necesitara algún tipo de expedición.

A ella sin duda le reconfortó mi entusiasmo y se levantó también.

-No sé si he acertado –se disculpó sonriendo mientras caminaba hacia la cocina-. Me acordaba del nombre, pero el año no lo tenía nada claro... No sé si será bueno.

-Seguro que sí –concedí.

Entramos en la cocina, ella abrió un armario de la cocina y me tendió la botella.

Yo la miré un instante y, con sinceridad, dije:

-Es perfecta.

Se le iluminaron los ojos y, sonriendo, anunció:

-Voy a por unas copas.

Volvió al salón, pero en ese momento se oyó el ruido de la puerta.

-¿Cariño?

Mi primera reacción fue devolver la botella al armario, como si el vino fuera un amante en paños menores. Mientras, escuché como Luna contestaba:

-Hola, Carlos. ¡Qué pronto has vuelto!

-Sí, hemos terminado los azulejos de la cocina, así que hemos pensado que ya estaba bien por hoy...

Entonces yo aparecí por la cocina, al tiempo que Luna me presentaba.

-Mira, está aquí Eduardo, el profesor de la escuela.

Carlos no demostró ni sorpresa ni, mucho menos, algún tipo de resquemor. Por contra, sonrió francamente y me estrechó la mano.

-Encantado, hombre, he oído hablar mucho de ti. Ya empezaba a pensar que lo de las clases era mentira –dijo bromeando-, porque soy incapaz de conseguir que me traiga algo de lo que hace. ¿Qué tal es?, ¿es buena alumna?

Contagiado por su buen espíritu, contesté con sinceridad.

-La mejor de la clase.

Ella empezó a protestar, pero no terminó la frase, tal vez porque no sabía a cuál de los dos dirigir la protesta.

Carlos sonrió asintiendo.

-Ya lo imaginaba. Esta chica es capaz de hacer lo que se proponga.

De pronto, miró la mesa del salón y dijo:

-¡Pero, hombre! No me digas que tienes a Eduardo aquí a palo seco –y, volviéndose a mí, añadió-. ¿Quieres una cervecita, verdad?

Miré el reloj y, sonreí al encontrarme haciendo el mismo gesto que Luna el otro día antes de ir al bar. Y yo en este caso también accedí.

-Venga pero sólo una.

-¡Qué dices, hombre! Si además va a empezar el partido... Venga, siéntate.

Y así acabo mi visita a casa de Luna, bebiendo cerveza mientras veía el partido con Carlos y ella iba y venía trayendo platos de aperitivos. De vez en cuando, me fijaba en ella y, aunque a veces me devolvía alguna mirada, no leí en sus ojos ningún sentimiento de tristeza.

Finalmente llamamos a Llanos y se incorporó para la segunda parte. Y allí, viéndonos a los cuatro, era cualquier plan de sábado por la noche: nosotros protestando de forma exagerada por los fueros de juego mientras ellas nos miraban divertidas al tiempo que charlaban de cualquier cosa. El caso es que, cuando nos despedimos, pensé que realmente nos lo habíamos pasado bien.

Eso sí, algo dentro de mí no podía olvidar que una estupenda botella de vino se había quedado cerrada en el armario.

A partir de aquella noche, mi relación con Luna cambió. Realmente no puedo decir que se enfriara pero, como si nos hubiéramos visto al borde de un precipicio, sí que habíamos dado un paso atrás. Ella siguió trabajando con el mismo interés y en ningún momento ninguno de los dos pareció sentirse incómodo, pero nuestras conversaciones ya desembocaban menos en lo personal y, si lo hacían, enseguida aparecían los nombres de Carlos o Llanos, como si fueran recordatorios al principio de un libro que, a pesar de su interés, no debíamos leer.

En el verano siguiente, Llanos y yo decidimos dejar la Escuela. Nos ocupaba cada vez más tiempo y no estábamos tan conformes con la forma en que se estaban haciendo las cosas como para comprometernos tanto. Como tomamos la decisión una vez acabado el curso no nos pudimos despedir de las alumnas, salvo de Emilia, que, al estar más implicada en la organización de la Escuela, era más fácil poder verla esos días de vacaciones.

Así que no volvía a ver a Luna, si bien aún conservo en mi taller la que en mi opinión es su mejor obra. Es una escultura en barro que representa dos manos sobre la tierra, una con la palma hacia arriba y la otra, sin duda procedente de otro cuerpo, con la palma hacia abajo. Las dos parecen inertes y, separadas como están unos centímetros, parecen representar el fracaso de un último intento de enlazarse.

## EN SUEÑOS DE MAIKA

Qué poco tiene que ver la Calle Huertas de los domingos con la de los sábados. De todo el ambiente de diversión que acaparaba la zona un día antes, permanece sólo un aire de resaca colectiva. El fin de semana se ha agotado pero todavía hay supervivientes que se resisten a dejar entrar sin más a la nueva semana. Y es la certeza de que es una guerra perdida la que trae esa especial melancolía que tienen los domingos.

Cuando tienes un trabajo muy intenso, necesitas hacer una pausa que te permita distinguir un antes y un después. Por eso mis tardes del domingo son vacías, dejando casi que transcurra el tiempo sin más, como si fuera un tren que todas las semanas me lleva al trabajo y yo sólo tenga que esperar cruzado de brazos a que llegue a su destino.

Y si son pocas personas las pueden hacer que me apee antes, una de ellas es sin duda Juan José Beltrán. Cuando llegué al café, ya estaba esperándome, y tan absorto que parecía que nada podría distraerle. Sin embargo, cuando me acerqué, fue como si sus ojos despertaran de un sueño relajado.

-Hombre, Pablo -me saludó-, siéntate. Una cerveza, ¿verdad?

Y sin esperar mi respuesta, se dirigió a la camarera que estaba tras la barra.

-¿Nos pones otra cerveza, por favor?

El café de las Letras está en la calle de Santa María, casi en la misma plaza de San Juan. A Juanjo y a mí nos gustaba el local, ya que podías escuchar buena música y, como no estaba muy alta, conversar al mismo tiempo.

La camarera vino con la cerveza y un aperitivo.

-Gracias -le dije y me dirigí a Juanjo-. ¿Qué tal, Juanjo?

El se encogió de hombros así que proseguí:

-Me has dejado preocupado con eso de que querías hablar... ¿Pasa algo?

Juan José Beltrán no era un tipo que se anduviera con rodeos.

-Me voy, Pablo.

-¿Que te vas? ¿Cómo que te vas?

Sonrió con picardía de niño travieso.

-Sí, que me voy de Madrid.

-¿Adónde?

Respiró hondo antes de contestar.

-Bueno, la verdad es que tengo más claro que me voy que adónde. Quizá me vaya a Santander...

-Pero, ¿y tu trabajo?

Juanjo era profesor asociado de la Facultad de Periodismo. Bueno, el aclaraba que no *era* profesor sino que *trabajaba* de profesor, porque en realidad, aunque no de mucho éxito, era escritor.

-Estoy harto de ese trabajo, Pablo. Bueno, en general estoy harto de trabajar.

A otra persona le habría reprochado que había dicho una obviedad, pero con Juanjo merecía la pena escuchar su explicación.

-Mira -y se echó hacia adelante-, estoy harto. Llego cada mañana y me los encuentro allí delante, esperando copiar todo lo que yo diga, pero sin ninguna vida. Podría ponerles un video en mi lugar y les daría igual. Y yo pienso, ¿qué hago aquí?, ¿qué hago perdiendo mi tiempo con esta pandilla de imbéciles? Cuando podría estar escribiendo, o viviendo experiencias que merezcan la pena...

-¿Y entonces, qué vas a hacer?

-Escribir. Quiero escribir. Bueno, quiero volver a vivir, vivir y luego contarlo. Quiero hacer algo nuevo, escribir como nadie lo haya hecho. No



mejor que nadie, entiéndeme, sino diferente a todos, que pueda decir: "mira, esto sí que es mío, ahora sí que puedo decir que he hecho algo, ahora sí que merece la pena haber vivido"...

Yo no sabía qué decirle.

-Hombre, Juanjo -probé-, sí que has hecho cosas: has escrito cosas, te has casado, te has ganado un prestigio como profesor... No puedes decir que no has hecho nada.

Juanjo jugueteaba nervioso con la copa.

-Sí, Pablo, ya lo sé, pero recuerda que no hablamos de cualquiera, que estamos hablando de mí -se señaló-. Y si te lo cuento a ti es porque me conoces y porque sé que no te vas a quedar en lo superficial, en lo que se quedaría todo el mundo. Y la cuestión es que yo no me siento satisfecho con lo que he hecho en mi vida. ¿Que me casé?, es cierto, pero también lo es que me separé porque supe que era un error, que Maite no me iba a permitir ir más allá, sino que iba a querer congelar la vida que llevábamos para que no cambiara un ápice. Y yo si algo aborrezco es la monotonía...

Entre las muchas cosas que Juanjo y yo habíamos compartido a lo largo de los años estaba nuestro amor por Maite. Finalmente, fue él el que se casó con ella y, cuando se dieron cuenta de que las cosas no marchaban, yo sentí que él de alguna manera había desperdiciado algo, como si descorchas una botella de vino añejo y luego, tras el primer trago, dices que no te gusta y la tiras. Pero, a pesar de todo y sin saber por qué, nunca le llegué a guardar rencor por aquello.

-Y hay algo más -me dijo mirándome de pronto.

-¿Algo más?

-Sí, bueno -miró a la mesa como si le avergonzara decirlo-. El otro día soñé con Maika. ¿Te acuerdas de Maika?

-Sí, hombre, cómo no iba a acordarme.

Era una compañera de su Facultad, estuvo saliendo con ella antes de lo Maite, pero la cosa no cuajó. Las personalidades de ambos eran tan

fuertes que no podían convivir, aunque, eso sí, cuando estaban juntos la atracción hacía saltar chispas entre ellos.

-Pero de eso hace más de diez años.

-Trece -puntualizó.

-¿Y has sabido algo más de ella?

-Sigue en Santander.

-¿Cómo lo sabes?

-Llamé a sus padres el otro día y me lo dijeron. Al principio su madre no se acordaba de mí, pero al final cayó en la cuenta de quién era y estuvo muy amable. Hasta me dio la dirección de Maika. Qué graciosa, me decía: "No creas que se la doy a cualquiera, pero, hombre, a un viejo amigo como tú"...

Le interrumpí con un gesto de la mano.

-Espera, espera, me estás diciendo que soñaste con ella el otro día, que no sabes que hace ni si está a lo mejor hasta casada y con hijos, y que te vas a ir a Santander a buscarla, a vivir una nueva vida y a que ella te caliente el café mientras tu escribes. ¿Es eso?

-Eso es -sonrió satisfecho de mi capacidad de síntesis.

-Joder, macho.

Lo curioso es que no me lo contaba inseguro, sino convencido de que cualquier otra alternativa estaba fuera de lugar.

-Mira, Pablo, soñé con ella, soñé con una de las noches que estuvimos juntos, y al despertar pensé: "Pero, ¿qué he hecho en todos estos años?, ¿cómo he podido estar separado de ella?", y es como cuando estoy escribiendo y no encuentro una palabra hasta que de pronto pienso. "¡Claro, es esta!" y cuando la escribes sabes que es la adecuada, que ninguna otra puede encajar en su lugar.

-Ya, pero...

-¿Y si no, qué voy a hacer? -me interrumpió-, ¿esperar que aparezca alguien como ella?, ¿y mientras?, ¿seguir tragando mierda en la Facultad hasta que una novela mía venda más de los mil ejemplares? -sacudió la cabeza-. Mira, Pablo, tengo casi treinta y cinco años y ya no me puedo permitir tener paciencia.

-Pero, ¿de qué vas a vivir?

-No lo sé -abrió los brazos-, de cualquier cosa. No me creo que no pueda encontrar algo que al menos me permita pagar el alquiler. Escribiré en algún periódico, ¡yo que sé!, pero eso es lo que menos me preocupa...

Y apuró su cerveza.

-La verdad -sonreí-, es que a más de uno le vas a dar un alegría...

-En la Facultad, dices -yo asentí-. Pues sí, la verdad. No creas, si me da rabia irme es porque parece que me retiro, que han podido conmigo. Y eso me jode.

Juanjo siempre había tenido fama de polémico. Decía las cosas tal y como las pensaba, así que había tenido varios enfrentamientos con el equipo del Decano. Además, progresivamente varios profesores contrarios a la directiva de la Facultad lo estaban tomando como referencia, de forma que se estaba convirtiendo en una verdadera alternativa de poder.

-Pero -prosiguió- tengo que elegir. No puedo estar en tantas guerras y ganarlas todas. Además, joder, que luchen otros, que yo ya he luchado demasiado. ¿Y qué he conseguido? -se encogió de hombros-. Muchos enemigos y aún más quebraderos de cabeza.

-Hombre, Juanjo -protesté-, si todos pensáramos así...

-Tú eres diferente, Pablo, tienes otra capacidad. Además, eres abogado, y consigues resultados reales -dijo golpeteando las yemas de sus dedos-, consigues que a la gente no la echen de sus casas o la expulsen a su país...

-Ya -me encogí de hombros-. Pero si lo comparas con los miles de casos que hay continuamente, ¿qué importa que yo gane tres o cuatro?

-Mucho, Pablo, porque cada caso que tu ganas -me señaló- es un corte de mangas a los hijos de puta que tienen el poder y eso no es que sea importante -hizo una pausa-, es que es casi lo único que nos queda.

Suspiré tratando de asimilar la conversación. Había una contradicción en que aquel tipo, que yo siempre había tenido como ejemplo de lucha, anunciara su retirada al tiempo que me recomendaba que siguiera adelante.

-No lo entiendo, Juanjo, te vas así sin más...-chasquéé la lengua-.  
En fin.

Nos quedamos en silencio. En el exterior ya era de noche y en el café no quedaba mucha gente. Pensé que mañana madrugaba, y que, si no quería estar al día siguiente destrozado, debía marcharme pronto a dormir. Y entonces de pronto mi casa y mi trabajo me parecieron una jaula y por un momento quise escapar yo también.

-¿Otra? -preguntó Juanjo como si adivinara.

-Venga, sí. ¿La pides tú que voy al baño?

-Claro.

Estaba en el servicio y quise olvidar que era un domingo de mayo y que al día siguiente me esperaba una agenda repleta. Decidí que era uno de esos pocos momentos en la vida en que no puedes fallar, en que tienes que estar ahí aguantando el tirón porque alguien te necesita. Juanjo se iba y quería compartir conmigo otra cerveza porque tal vez sería la última en mucho tiempo. De pronto iba a darle un vuelco a su vida y yo no sabía si debía estar triste o alegrarme por él. Ante la duda, decidí que valía la pena celebrarlo.

Cuando volví, me lo encontré bromeando con la camarera. En el café, además de nosotros, sólo quedaba una pareja, así que la chica agradecía un poco de conversación.

-Mira, este es Pablo.

-Hola -me saludó.

-Hola, qué tal.

-¿Tu también te vas? -me preguntó.

-No -contestó Juanjo por mí-. Pablo tiene que quedarse para sostener la bandera de la lucha contra el capital y el conservadurismo.

-Se hará lo que se pueda -acepté con divertida modestia.

-¿Y tú, Pilar? Se llama Pilar -me aclaró-. ¿No quieres darle un giro a tu vida?

-¿Quién, yo?

-Claro, tú -la animó Juanjo. Estaba entusiasmado con la conversación-. Nos hemos reunido en este café para cambiar nuestras vidas, así que aprovecha la oportunidad... ¿Qué te gustaría realmente hacer en la vida?

-Hombre, no sé -dudó-. La verdad es que lo que a mi realmente me gusta es pintar, pero es que eso, puf, no da dinero.

-¿Pero pintas o no pintas?

-¡Pues claro que pinto! Pero tengo que trabajar aquí también -dijo señalando alrededor- porque si no es imposible...

-¿Y qué pintas?

-Bueno, no sé, es un poco raro -explicó con muchos gestos-. Pongo música y me dejó inspirar por ella. No sé, pinto lo que me va saliendo...

En ese momento entraba más gente en el local

-Lo siento -se excusó Pilar-. Luego os veo.

Y volvimos a nuestra mesa.

Los dos sonreímos antes de empezar a hablar.

-Qué maja -dije yo.

-Sí, sí que lo es -coincidió Juanjo antes de echar un trago.

Y quedamos en silencio. De fondo sonaba una balada de Otis Redding que a los dos nos gustaba por lo que, sin ponernos de acuerdo, nadie quiso interrumpirla. Así que no fue hasta que acabó que yo dije:

-Me iría contigo.

Juanjo sonrió.

-Y puedes hacerlo. Ahora o cuando te apetezca, dentro de una semana, de un mes o de un año. Tu casa, si la tengo -aclaró entre risas-, será tu casa.

Sabía que su oferta era sincera, pero también que lo que él realmente quería es que yo encontrara mi propia Maika y mi propio Santander, porque los dos sabíamos que a mí no me iban a servir los suyos.

-Te echaré de menos -reconocí-, aunque, bueno, al menos ya no me pisaras más mujeres...

Los dos reímos.

-Sí -admitió-, desde luego si ahora no ligas no podrás decir que es por mi culpa.

Y seguimos bebiendo entre risas

Habíamos tomado unas cuantas cervezas cuando Pilar se acercó:

-Chicos, tengo que cerrar.

Fue al escucharla que miramos a nuestro alrededor y comprobamos que no quedaba nadie. Nos levantamos y buscamos las monedas, pero antes de salir, Juanjo cogió una servilleta y copió algo de un papel. Era la dirección de Maika.

-Toma -se la tendió a Pilar-. No sé si yo podré vivir en esta dirección ni si conseguiré salir adelante, pero si tengo con qué comer y algún día quieres venir a intentar exponer en Santander, aquí tienes un sitio donde dormir.

Cuando ella lo cogió se emocionó un poco.

-Gracias, lo haré.

Y en ese instante, parecía que todo podía ser posible.

Hacía bastante frío cuando salimos a la calle.

-Venga, vamos -dije mientras nos abrochábamos.

En ese momento un cochazo pasó a toda velocidad y casi nos atropella.

-¡Cabrón, animal! -gritamos.

-¿Lo ves, Pablo? -me gritó Juanjo con su voz de borracho- ¡A ese!, ¡a cabrones como ese tienes que joder! -me cogió por las solapas de la chaqueta-. ¿Me lo prometes?

Yo asentí sin poder pronunciar palabra.

-Me lo tienes que prometer -prosiguió calle arriba como si hablara solo-, si no, no podré irme, ¿entiendes?

Se sentó en un coche y casi estaba llorando.

-Tienes que prometerlo -dijo sacudiendo la cabeza-, si no, no podré irme, ni podré ver a Maika...

Y me miró suplicante:

-¿Los vas a joder, verdad?

-Sí, Juanjo -respondí echándole el brazo por encima-, a todos. Joderé a todos esos hijos de puta.

-¡Gracias, amigo! -y respiró hondo mirando a lo lejos-. Así podré ver a Maika.

-Eso es, y te preparará café mientras escribes ese libro, el que nos hará ricos.

-El libro. Eso es, el libro. Voy a escribir un gran libro

-Claro, Juanjo.

Y entonces, sentados los dos en aquel coche como dos adolescentes, supe que en ese momento se acababan demasiadas cosas y que,

si bien no sabía qué me esperaba, los próximos días me iba a costar más encontrar razones para levantarme cada mañana a seguir luchando.



## LA CAPRICHOSA FORMA DE LAS PIEZAS

Sucedió en el aeropuerto de Barajas, como si mi encuentro con Maika tuviera que tener lugar en un espacio neutral. Ella vive ahora en Alemania y en un viaje a Santander tenía que hacer una escala de dos horas en Madrid, así que me llamó para sugerirme que nos viéramos en el aeropuerto. Yo apenas la había visto desde que ella se había ido así que acepté la idea. Quise preguntar si venía sola, pero no me atreví y, de todos modos, ¿qué importaba? : hacía años que Maika y yo habíamos comprobado que lo nuestro había terminado. Ella decía que en el verdadero amor las piezas encajan tan bien como en el rompecabezas de un niño y yo callaba que algunas de las nuestras parecía que las había cortado el diablo.

Cuando estaba esperando en la puerta de su vuelo, casi me enorgullecía de haber recuperado algunas dudas adolescentes como qué ropa ponerme o si debía o no comprarle flores. Finalmente, arrepentido de todas las decisiones tomadas, me planté allí y tras unos minutos de esos de los que suele burlarse el tiempo, apareció y, al verla, sentí que esas horas iban a ser también una escala que, entre el presente y el futuro, hacíamos en el pasado. No es que ella fuera la misma, pero era la continuación que uno podía esperar al recordarla, como uno reconoce el estilo de un escritor en sus nuevos textos. Nos saludamos y entonces comprendí que el recuerdo era un notario descuidado y que bastaban unos instantes junto a Maika para recuperar la imagen de otros tantos que habíamos compartido. “¿Qué tal el vuelo?”, pregunté, y encadenamos una serie de cuestiones menores tan importantes como lo era el calentamiento de un atleta antes de una prueba. El tiempo nos llena a todos una maleta y cuando nos encontramos después de mucho tiempo con alguien que ha supuesto mucho en nuestra vida nos debatimos entre el respeto a su intimidad y la curiosidad de saber si en esa maleta aún siguen nuestras cosas. Así que le hubiera preguntado “¿sales con alguien?” pero la pregunta resultaba totalmente fuera de lugar, por lo que, en vez de eso, pregunté: “¿Qué tal por Alemania?”. Ella se encogió de hombros sonriendo. “Bien, ya sabes cómo son los alemanes. Mucho trabajo pero poca diversión”. No tenía ni idea de cómo eran los alemanes, pero asentí. Sí pensé por qué entonces se había ido a trabajar a una empresa de allí, ella que en tiempos aprovechaba cada minuto de la vida, si el dinero le compensaba llevar una vida tan poco intensa, que qué

nos había pasado a nosotros que pensábamos que podíamos cambiar las cosas. Pero en vez de eso, respondí. “Ya”. Entonces ella me preguntó si seguía escribiendo. Yo me justifiqué explicando que con las traducciones apenas me quedaba tiempo para escribir una novela. Y ella, que podría haberme espetado: “Pero, Juanjo, ¿por qué no dejas un tiempo esas traducciones y escribes una novela de verdad?”, se limitó a comprenderlo, como si supusiera que yo ya sólo cruzo ríos que pueda atravesar sin mojarme. Cogió entonces el periódico y sonrió: “El gobierno sigue haciendo de la suyas, ¿verdad?”. Y entonces comenzamos a criticar la forma de actuar de la derecha, como para demostrar que, aunque ahora jugáramos con piezas de marfil en un salón con chimenea, seguíamos eligiendo las negras.

Poco a poco, sin necesidad de decirlo, supimos que ninguno de los dos tenía pareja estable, igual que basta echar un vistazo a la casa de uno para saber si vive solo. Maika y yo nos conocíamos demasiado para maquillarnos y afortunadamente nuestro encuentro fue muy diferente al de otros antiguos amantes, que juegan partidas de cartas mostrando en abanico sus éxitos personales. Maika y yo no escondimos nuestras heridas, quizá porque sabíamos que el otro no podría ni curarlas ni ahondar en ellas, tan sólo certificarlas como un médico de cabecera desbordado por una enfermedad infrecuente.

Quedaban tres cuartos de hora para la salida del vuelo cuando Maika decidió que se marchaba. Yo sabía que era pronto para embarcar pero no dije nada, sabedor de que no disponía de nada especial para rellenar nuevos instantes. Nos abrazamos levemente y ella no quiso detenerse a crear una escena de una intensidad que no merecía el momento así que agitó una vez la mano y desapareció entre los controles. Yo la vi alejarse y fue como despertar de un sueño. El periódico que habíamos hojeado, con alguna palabra escrita por ella durante el vuelo, no sólo me demostraba que todo había sucedido, sino que además simbolizaba otra pieza en nuestro puzzle. Un puzzle que ciertamente, Maika, no es tan sencillo como el rompecabezas de un niño, pero están tan bien encajadas algunas de sus piezas que, aun sin esperanzas de acabarlo, ninguno de los dos ha sido capaz de deshacerlo para empezar uno nuevo.

## LA TUMBA DE JIM MORRISON

Es al ver gente de todo tipo en el metro cuando más me he acordado de Roberto. Cuando yo le decía que Madrid es una de las ciudades más abiertas y con más diversidad de gente, él me miraba no con desdén sino como quien guarda un secreto.

-¿Eso te parece? -me decía-. Ya verás cuando vayamos a París.

Cuando vayamos a París. Esa frase se repitió varias veces a lo largo de nuestras conversaciones y se convirtió en una fórmula que no sólo reafirmaba nuestra intención de viajar a la capital francesa, sino también por extensión de continuar nuestra relación durante un largo periodo de tiempo.

Cuando salíamos juntos, él todavía cantaba a un nivel que podíamos llamar profesional. Por aquel entonces algún crítico dijo que, al menos en Madrid, era el mejor cantante de rockabilly del momento. Realmente a mí me lo parecía, pero mi opinión nunca podía ser objetiva.

La primera vez que vi tocar a su banda fue en The Old Guitar, un local de mediano aforo que admitía géneros tan diferentes como el jazz o el rock&roll. Lo primero que me llamó la atención de Roberto fue su aspecto, que no era exactamente el que uno imagina en un *rocker*. Apenas llevaba tupé aunque tenía el pelo muy cuidado. Vestía camisa blanca y chaleco rojo junto a unos vaqueros gastados. Me ganó con una balada que luego supe que era de Roy Orbison : *It's too late*. Me bastó escuchar esos dos versos,

IT'S TOO LATE

SHE'S GONE

“ya es demasiado tarde, ella se ha ido”, para comprender que aquel tipo iba a suponer algo en mi vida.

Elena, una compañera de trabajo, me había propuesto acudir al concierto y, como no paraba de hablarme de ese genial amigo suyo que tocaba en una banda, acepté acudir, movida no tanto por la curiosidad sino por la esperanza de que, si asistía a alguno de esos conciertos, Elena me dejaría en paz durante una temporada. Y es curioso porque, hasta esa balada, había asistido a un concierto más, un concierto donde bailas un poco, bebes, ríes y, en fin, pasas

un rato. Pero al escuchar esa canción pensé que, o aquel tipo era un gran intérprete, o realmente, alguna mujer le acababa de dejar. Le pregunté a Elena si Roberto salía con alguien y ella lo negó con una risa nerviosa como si todo este tiempo me hubiera estado proponiendo un acertijo y ahora yo me acercara a la solución. Caliente, caliente, a Elena le gustaba Roberto y en mí buscaba ese espectador que todos precisamos para sentirnos confiados en nuestras conquistas.

Cuando terminó el concierto, los músicos bajaron a la barra y Roberto comenzó a repartirse como un perfecto anfitrión. Cuando llegó nuestro turno, el cantante casi abrazó a Elena cuando le dio dos besos.

-Mira -dijo ella, feliz-, esta es Esther, una amiga.

Aunque para mí apenas éramos poco más que compañeras de trabajo.

-¿Qué tal? -me saludó Roberto en un tono que, entre cariñoso y distante, hizo que yo me sintiera como si hubiera conocido al candidato de un campaña electoral

-¿Te ha gustado el concierto? -me preguntó.

Me pregunté si, con la de veces que habría pronunciado esa noche aquella frase, realmente escucharía mi respuesta pero, en cualquier caso, respondí:

-Pues realmente, lo que es gustarme, sólo me ha gustado una canción.

Elena me miró como si hubiera dicho una blasfemia pero Roberto, no sin curiosidad, decidió preguntar antes de saber cómo reaccionar.

-¿Cuál?

-La balada.

Roberto sonrió mientras Elena, temerosa de haberse perdido un detalle importante, preguntó

-¿Pero esa cuál es?

Y Roberto, sin dejar de mirarme, respondió :

-Esa que dice -y entonó- : It's too late, she's gone... -y terminó imitando las notas que seguían a esos versos.

Cuando terminó de hacerlo hubo un silencio intenso, un instante de esos que siguen a otro señalado, en que una sabe que antes de cualquier frase estúpida, mejor cabe el silencio. Elena intervino de la peor forma posible rompiendo el hechizo con torpeza:

-Pues yo no me acuerdo de esa.

Roberto y yo la miramos incrédulos y esa coincidencia fue la primera de un largo número de ellas y, el inicio, como consecuencia, de la antipatía e incluso odio, que Elena comenzó a sentir por mí al ver como en los siguientes encuentros, Roberto se reía más de mis anécdotas que de las suyas, prestaba más atención a cualquiera de mis comentarios o descubría más fácilmente cualquier pequeño cambio en mi aspecto. Y es que el amor no es sino esa capacidad de distinguarnos a partir de nuestros movimientos y gestos cotidianos. Como si hubiéramos practicado a sus espaldas un idioma desconocido, Elena poco a poco se sintió excluida en nuestra presencia hasta que cuando nos dimos cuenta Roberto y yo, ella ya no estaba y nosotros estábamos saliendo juntos.

Acabo de subir a la Torre Eiffel. Bueno, no a la parte más alta, sino al nivel medio, donde, mientras vas rodeando la torre, varios paneles de información te explican cuáles son los monumentos que tienes a la vista. En uno de los paneles menciona el cementerio *Le Pere Lachaise* y entre las celebridades que están allí enterradas destaca junto a Edith Piaff u Oscar Wilde, a Jim Morrison. La verdad es que aunque sabía que el cantante de The Doors estaba enterrado en París, no sabía exactamente en qué lugar.

Roberto lo comentó al poco tiempo de empezar a salir conmigo: “Cuando muera quiero que me incineren - y, dando una calada a su cigarrillo en una pausa casi teatral, añadió- y que esparzan mis cenizas en París, junto a la tumba de Jim Morrison”. Yo reaccioné con el tipo de frases que a una se le ocurren cuando se mencionan esa clase de temas: “Venga no hables de eso, que trae mal fario”. Pero al ver la expresión seria de su rostro descubrí que Roberto

hablaba en serio, con esa solemnidad con la que se refería a ese mundo irreal que relataba en las letras de sus canciones. Cuando Roberto hablaba de mujeres distantes, de la soledad de los bares o el compañerismo de los hombres que beben para olvidar, lo hacía sinceramente, sin reparar en que todo era un mundo que él había construido.

Si terminé con Roberto fue sobre todo porque vivía en un refugio, un universo aparte de la realidad donde tenían cabida las experiencias y sentimientos que él consideraba auténticos. Roberto se realizaba con su imagen de perdedor, lo cual se hizo insoportable cuando, al llegar su oportunidad, pudo dejar de serlo. Y es que en una ocasión una casa de discos le ofreció un contrato de grabación que, por sus condiciones, le convertiría en un artista, si no de éxito inmediato, sí lo bastante conocido para vivir prácticamente de la música.

Recuerdo sobre todo una noche, poco después de recibir la oferta. Habíamos ido a dormir a mi casa y recuerdo como estábamos abrazados en la cama y yo, radiante, comencé a susurrarle:

-Ya no vas a tocar en bares oscuros, ya no tendrás que hablar de lo difícil que está el futuro ni de lo injusta que es la crítica...

Y lo más importante lo añadía para mí : Tus letras ya no tendrán que hablar de soledad, porque ya no vas a saber lo que es porque yo te quiero, e igual que he estado junto a ti al final de estos malos momentos, voy a compartir también los buenos.

-Eso será si acepto -sentenció de pronto, sin mirarme, mirando al techo.

Recuerdo que me separé de él mientras él comenzaba a excusarse:

-No quiero aceptar el primer contrato que me ofrezcan sin pensar, sólo porque necesite tocar...

Siguió argumentando, pero yo ya no le escuchaba. En ese momento, supe que algo había terminado. Sentía como si yo me hubiera dedicado a pegar sus pedazos, a recomponerle y él mismo ahora volviera a golpearse como si el único sentido de su vida fuera lamentarse de una destrucción que él no estaba dispuesto a detener.

Si algo me ha impresionado de París es ver de noche el Museo del Louvre. Me llama la atención encontrar un lugar tan bello y a la vez tan poco concurrido, cuando en realidad no han dado las nueve. Giro sobre mí misma para ver toda la plaza iluminada y la visión de un espectáculo semejante aún me reconcilia más con la vida. A través de los ventanales se distinguen algunas de las estatuas del museo y por un momento, al mirar alternativamente al interior y al exterior, pienso que, aunque sea en contadas ocasiones, a veces el ser humano consigue algunas creaciones equiparables a la propia Naturaleza. Pero por desgracia, insuficientes para equilibrar todo el daño que produce al mismo tiempo.

En una de las entradas a la plaza del museo hay un borracho acurrucado contra un ventanal y me pregunto que le impulsará a dormirse justamente en un sitio como este, cuando quizá el problema es que de alguna forma verlo me impide egoístamente disfrutar plenamente del museo y por eso preferiría que no estuviera allí, que durmiera en el banco de cualquier parque donde no pudiera verle.

“Pero este está quieto -pienso-, aquí no tienes que cambiarte de vagón”. Y es que he recordado cuando vi a Roberto, hace ya unos cuatro meses, pidiendo en un vagón del metro de Madrid. Al principio, como es natural no le reconocí. Me habían comentado que había estado tocando en los pasillos de algunas estaciones y desde entonces, aunque no lo reconociera, había modificado algunos trayectos para no pasar por ellas. Pero en ese momento Roberto no tocaba sino que se iba acercando uno a uno a distintos pasajeros con ese método, que es tan desagradable para los pasajeros como efectivo para los yonquis, de ir relatando al oído de la gente detalles de su adicción sabiendo que, como si fueran prodigios mecánicos, para pararlos bastará con una moneda.

Por un momento sentí el impulso de acercarme a él pero en ese mismo instante me pareció que me había reconocido y entonces sentí un terror tan intenso que aprovechando que llegábamos a una estación salí corriendo del vagón. No podía enfrentarme a aquello. Me hubiera costado verle aunque estuviera bien, aunque volviera con su guitarra de un concierto, así que cómo hablar a un drogadicto cuando en ese momento, pasado el miedo, no sentía más que repulsión. Para qué hablarle si no pensaba tocarle, menos aún darle

un par de besos, cuando no soportaría tomarme un café a su lado ni se me pasaría por la cabeza llevarle a casa a que se diera una buena ducha y tomara algo de comer. Y es que en el fondo yo había decidido que ese ya no era Roberto, que Roberto estaba muerto y aquel era su fantasma.

No, entonces no estaba muerto pero apenas duró un par de meses más. En diciembre recibí la llamada de su madre, Carolina, dándome la noticia. Como por otra parte es natural, no hablaba con ella desde que había dejado de salir con su hijo pero siempre nos habíamos llevado bien. Ahora llamaba con prudencia, casi como si pidiera perdón por molestar e incluso por ser responsable de haber concebido a Roberto y no haber sabido llevarlo por buen camino. Me dijo que había encontrado mi teléfono en una vieja agenda de su hijo y me pregunté a cuánta otra gente habría llamado, ya no sólo para dar la noticia, sino para sentir la satisfacción de comprobar que, efectivamente, en su día Roberto llegó a llevar una vida normal. Y pensé también cuánta de esa gente, de localizarla, pondría cualquier excusa para no acudir, así que decidí ir, si no por Roberto, si por esa mujer que conmigo siempre se había portado de forma extraordinaria.

Cuando entré a la sala del tanatorio y Carolina me vio, se levantó emocionada. Nos abrazamos y procuré que se sentara. Las amigas que la rodeaban me miraban con curiosidad así que ella dijo:

-Mirad, esta es Esther, la antigua novia de mi hijo.

Aguanté el tipo ante el severo análisis al que me sometieron las mujeres y pensé cómo, con la de mujeres que había tratado Roberto, yo había llegado a ser *la* novia.

-¿Quiere salir y así le da un poco aire? -le propuse.

Las amigas se miraron como si abandonar un momento el cadáver fuera tan grave como poner boca abajo un crucifijo, pero Carolina, imagino que agobiada por el ambiente, aceptó encantada.

Una vez que estábamos paseando, la madre de Roberto, agarrada de mi brazo, comenzó a hablarme:



-Tú sí que sabías tratar a Roberto. De todas las chicas que le conocí, tú siempre me gustaste más que ninguna. Y mira que se lo decía: “Cuida a esa chica, Roberto, que no es como las demás. Una chica así te dará todo lo que necesites: cariño, apoyo, comprensión...”

Sonreí pensando si era eso lo que realmente Roberto quería de una mujer y no más bien pasión, aventura y mito, mucho mito.

-¿Qué vais a hacer? -pregunté de pronto- ¿Lo vais a incinerar?

Ella asintió suspirando.

-Sí, no me hace ninguna gracia, pero dejó clarísimo que esos eran sus deseos.

-¿Y las cenizas?

Carolina se encogió de hombros.

-No lo sé, Esther.

-Si quieres me encargo yo.

Carolina me miró como si de pronto viera el cielo abierto.

-¿Lo harías?

Yo asentí mirando al suelo. Sabía que de alguna forma había fallado a Roberto en vida y quería compensarle después de muerto. O quizá quería compensar a esa parte de mí que nunca le habría dejado y que cedió ante los prejuicios de la Esther sensata y con los pies en el suelo.

El cementerio me sorprendió por su tamaño, aunque afortunadamente en la puerta vendían planos por unos pocos francos. A pesar de comprarlo, tardé en localizar la tumba porque estaba en un rincón relativamente escondido. Y entonces fue la gran decepción, pues la tumba no tenía nada que ver con la idea que yo tenía. Recordaba haber visto algunas fotos en las que aparecía un busto suyo sobre la lápida y estaba llena de pintadas. Pero no, la lápida parecía reciente y estaba limpia, no había busto alguno y en todo momento había algún guardia jurado previniendo cualquier tipo de exceso. Jim Morrison fue un tipo molesto para las autoridades y lo seguía siendo después de muerto.

Así que los que nos íbamos acercando nos sentíamos como los visitantes de un preso que se ven obligados a medir sus gestos y movimientos. La tumba al menos estaba llena de ramos de flores, uno de ellos incluso alguien lo había rodeado con un sujetador en una curiosa mezcla de deseo y devoción. También había multitud de papeles con poemas declaraciones, pero aun así decidí que no iba a dejar allí las cenizas. Conocía a Roberto y sabía que su última voluntad estaba más cerca de la apuesta por la transgresión que creía compartir con el cantante de los Doors que por un verdadero deseo de que sus restos descansaran próximos. Además, probablemente “limpiarían” la tumba cada dos por tres y no quería que las cenizas de Roberto viajaran de un lugar a otro.

Finalmente, camino de la salida, encontré un árbol apartado que me pareció un buen sitio para que reposaran las cenizas de Roberto. De alguna forma, consideraba que él merecía un lugar entre tantos artistas y personajes célebres aunque sólo fuera por su esfuerzo en ser distinto, en no ajustarse a las normas que todos tratábamos de imponerle.

Esparcí con cuidado las cenizas alrededor de aquel árbol, sabiendo que a los pocos minutos el viento las esparciría. Pero al mismo tiempo pensé que si todos realmente llevábamos un espíritu dentro, el de Roberto se quedaría allí, en los alrededores de París y, lo que es más importante, si realmente existía ese espíritu, Roberto me habría perdonado.

Me alejé de allí no sin la triste sensación de que, en el fondo, a Roberto nunca le salían bien las cosas, que a cada uno de sus sueños venía la realidad a despertarle y yo había tenido la ocasión de asistir a muchas de sus decepciones. Pero mientras paseaba por allí, poco a poco iba comprendiendo que en realidad qué importaba el aspecto de aquella tumba cuando cientos de personas de todo el mundo pasaban por allí. Hubiera bastado que hubiera un simple poster de Morrison, pues visitarlo no era sino un homenaje merecido. Pensé en Roberto también y finalmente comprendí el verdadero motivo de mi viaje: homenajear a aquellos como Roberto, como Jim, que, para que los demás algunas noches, rodeados de compañeros de viaje y bebiendo unas copas de más, creamos que existe otra forma de vida alejada de convenciones y prejuicios, ellos, como mesías de una religión marginal, entregaron su vida entera por la causa.

## DICE LAURA

*Publicado anteriormente en el volumen "Bajo los adoquines" (1997), del taller de escritura de Enrique Páez.*

Dice Laura que tengo miedo a la muerte. Pero no es cierto. Lo que pasa es que no me gusta hablar de ello. Cuando mi madre empieza que si sabes que fulanita ya murió aunque bueno ya era muy mayor y todo eso pues es cierto que le pongo mala cara. Y es que entiendo que para ella la muerte, y Dios quiera que no, es algo muy cercano, pero no para mí, que aún me queda tanto por vivir. Y menos aún para un adolescente, que piensa todavía que la vida es un juego lleno de posibilidades. ¿Cómo va a esperar que el juego acabe mañana mismo, que pueda venir la muerte y haga saltar de un puñetazo las fichas del tablero? No, nunca creerá que es posible.

Por eso me extrañó leer estas frases en mi propio diario: "Se que la muerte es un invitado que no avisa, pero la intuición me dice que no está lejos, que busca en su agenda un hueco para llevarme. Así que últimamente me dedico a preparar mi marcha, un trabajo fácil pues no creo que nadie ambicione lo poco que poseo".

Encontré el diario el día que celebramos el cumpleaños de mi padre. Todos los hermanos nos reunimos cada año con ese motivo y, aunque dice Laura que tengo que ser más sociable, y que no hay cosa más normal que los hermanos se reúnan, yo lo considero un día perdido. Pero como sé que no tengo más remedio que ir, estoy un rato en el salón charlando con unos y otros y, en cuanto puedo, me escapo a la biblioteca. Es una habitación no demasiado grande en la parte interior de la casa, de forma que cuando uno se enfrasca en la lectura pierde por completo la noción del tiempo, lo cual, en los tiempos que corren es más un lujo que un inconveniente.

El otro día, cuando entré, me llamó la atención encontrar un pequeño cuaderno de espiral entre los libros. Cuando lo saqué, reconocí en seguida el diario que escribí de adolescente. Era uno de esos cuadernos de Centauro que usábamos entonces, así que para distinguirlo había escrito "mi diario" con una letra tan solemne como imperfecta. Sentí una curiosidad inmediata, así que me senté a leerlo en la butaca de mi padre. Fue divertido leer mis pensamientos de entonces y comprobar la intensidad con que uno vive

las cosas más sencillas cuando tiene catorce años. Hasta que al llegar a la última página encontré esa extraña referencia a la muerte que antes comenté. Leí un poco más: "La vida siempre guarda un as de la manga, así que aunque estés acostumbrado al éxito no te confíes. El fracaso espera paciente para señalarte un día el fin del camino".

En esto que mi hermana asomó a la puerta

-Eduardo, Eduardo, ¿has firmado la tarjeta de papá? -preguntó en tono casi acusatorio.

-No, todavía no -me acerqué dejando el diario-. ¿Es imprescindible? -pregunté con gesto de desagrado.

-Claro, no puedes faltar, tenemos que estar todos.

-En fin -me resigné cogiendo el bolígrafo que me tendía-. Veamos que puedo poner...

Quise poner la frase del diario que rondaba mi cabeza: "La muerte es un invitado que no avisa", pero no resultaba el mensaje de cumpleaños ideal. Finalmente se me ocurrió esta: "No podía faltar a tu cumpleaños". Mi hermana no captó el doble sentido, así que se conformó y, como un niño con buenas notas, fue corriendo al salón a dársela a mi padre.

En cuanto me dejó solo eché mano del diario. Reconozco que estaba intrigado porque si de algo puedo presumir es de buena memoria y esos párrafos no recordaba haberlos escrito. Los releí y cuál fue mi sorpresa al volver la página y encontrarla escrita. No podía asegurarlo pero habría jurado que hacía un rato esa página estaba vacía. Por supuesto, la leí enseguida: "La certeza de la inminencia de mi muerte me desanima de realizar cualquier actividad. Así, no quiero comenzar un libro que sé que no voy a terminar y cuando escucho una canción me pregunto si escucharé todas sus notas o si algunas llegarán a sonar inútiles en una habitación vacía".

Terminé de leer aún más extrañado. Aquellas palabras eran muy reales, desde luego no eran de un adolescente. De pronto pensé en mi padre. ¿Y si las había escrito él? Tal vez había sentido la necesidad de desahogarse

escribiendo y cogió el cuaderno que encontró más a mano. Sí, era una posibilidad, merecía la pena preguntarle.

Cuando le rogué que abandonara la fiesta un momento para hablar conmigo, pensó que quería gastarle una broma pero enseguida se dio cuenta de que algo me preocupaba.

-¿Ocurre algo, Eduardo?

Le mostré el diario como el que esgrime una prueba irrefutable.

-¿Tú has escrito esto?

Se acercó arrugando el entrecejo.

-¿Qué es? -lo cogió-. Ah, tu viejo diario. No, hombre no -dijo palmeándome la espalda-. Ni siquiera sabía que estaba aquí. No lo leí entonces, con la falta me hacía saber que pensabas, imagínate ahora. Pero, ¿por qué me lo preguntas?

Recorrí las páginas rápidamente hasta donde estaban las que me interesaban.

-Es que he encontrado algo escrito que verás...

Pero me detuve en seco. Dice Laura que si yo quiero disimular mi estado de ánimo, nadie puede descubrirlo y de hecho en ese momento mi padre no puedo entrever en mis palabras nada que reflejara el pánico que me había atrapado.

-¡Ah, nada, qué tonto!, es que no recordaba cuándo lo había escrito, pero ahora me acuerdo. Perdona por molestarte, papá, ahora voy yo también para allá.

-Está bien, hijo.

No se quedó muy convencido, pero conseguí que saliera de la habitación. En cuanto lo hizo abrí de golpe el cuaderno. ¿Me estaba volviendo loco? Acababa de descubrir un párrafo a continuación de los anteriores que sin lugar a dudas era nuevo. Decía así:

- "Dicen que en el instante de morir uno recorre el conjunto de su vida, pero yo he comenzado a hacerlo con antelación. La memoria es un portero eficaz que apenas deja pasar unos pocos recuerdos y, entre ellos, por supuesto, ninguno pertenece a estos últimos años, que sólo han tenido el sentido de intervalo hasta mi muerte".

Mi sentido común buscaba una explicación. Como no fuera que mi hermana hubiera aprovechado para escribirlo mientras yo escribía la tarjeta... No parecía lógico, pero era la única posibilidad. ¿Y si me estaban gastando entre todos una broma? Sí, eso al menos tenía sentido. Mi primer impulso fue entrar al salón a pedir explicaciones, pero me detuve. Si llegaba hasta ellos presa de los nervios, la broma habría tenido éxito. No, no les daría esa satisfacción. Esperaría a tranquilizarme.

Me senté en el sillón apretando el diario entre mis manos, como si fuera un pájaro que temiera que echara a volar. Si no lo soltaba en ningún momento, me aseguraba que nadie pudiera continuar con la broma. Pero era como tener entre las manos un paquete sin remite que uno teme que pueda llegar a explotar. Hasta se me pasó por la cabeza quemarlo pero con ello renunciaría para siempre a una explicación.

En el fondo sabía que sólo había una forma de aclarar el asunto. Respiré hondo y abrí el cuaderno con calma, como si el más mínimo movimiento pudiera resultar fatal. Y entonces descubrí lo que realmente esperaba, pero me había negado a aceptar: un nuevo párrafo escrito con la misma letra que, al leerlo, podía comprender que cerraba el diario:

- "Decía Laura que yo siempre tendría éxito, que jamás nada me iría mal, pero se equivocó. Ella misma me abandonó cuando la falta de trabajo me hizo insoportable. Su ausencia empeora la soledad en la que me encuentro, pues me obliga a compararla con los tiempos felices, en los que el futuro se mostraba como un amplio camino sin obstáculos" -fue lo que leí antes de que me hallaran sin sentido con el diario entre las manos.

## VERSE NI EN PINTURA

Aunque llevaba años pintando nunca se había planteado hacerse un autorretrato. Fue Rocío, su novia de ahora, la que se lo había pedido para poder tenerle presente con algo más personal que una fotografía.

Fue entonces cuando por primera vez se detuvo a analizar con tanto detalle sus propios rasgos: su boca pequeña, sus pómulos salientes, su nariz afilada. Y con profesionalidad fue llevándolos al lienzo, como si aquel rostro fuera el de cualquier otra de las personas que solían encargarle un retrato. Pero los problemas surgieron cuando llegó el momento de pintar la mirada, pues sabía que sería entonces cuando el rostro cobraría vida y con ella, su personalidad. Hasta tal punto dudó en cómo plasmar aquella mirada que terminó con detalle todo el resto del rostro, de forma que aquello tuvo el terrible aspecto de un muñeco al que le han arrancado los ojos. Por eso, cuando Rocío le preguntó si podía subir aquella tarde a ver cómo llevaba el trabajo, él decidió cubrir el cuadro con una especie de venda. Ató una sábana vieja alrededor del cuadro, como si fuera un cinturón, pero a la altura de los ojos, de forma que aquello parecía una mezcla entre el retrato de un operado y una representación simbólica de la justicia. Cuando Rocío lo vio se extrañó un poco pero en seguida se fijó en los rasgos que ya estaban pintados y se asombró de su extraordinario parecido: “Es idéntico -dijo-. ¿Cuándo lo terminarás?”. Él respondió que sólo le faltaba la mirada, pero que era la parte más importante y que necesitaba esperar al momento preciso de inspiración para pintarlos.

Decidieron salir a tomar algo al bar de siempre, pidieron lo habitual y hablaron de lo que normalmente solían hablar. Pensó lo a gusto y tranquilo que se sentía con Rocío, tan tranquilo que lo mismo le importaba pasar con ella todo el día que no verla en una maldita semana. De pronto se estaba dando cuenta que, él que siempre había huido de la monotonía, se estaba dejando atrapar por ella. Así que cuando dejó a Rocío en su casa, no volvió a la suya, pues de pronto tenía unas enormes ganas de perderse por algunos bares, por aquellos en los que pasaba las noches no hacía mucho

tiempo, cuando la vida parecía una exposición de sensaciones que uno no tenía más que visitar. Era ese continuo aprendizaje el que había dejado a un lado y que ahora quería recuperar, como una buena novela que uno olvidó que había dejado a medias y que produce un gran satisfacción encontrarla con la página señalada y aún muchas páginas por recorrer.

Pasó toda la noche fuera y cuando, cansado y borracho, llegó a casa, se detuvo a mirar el cuadro. Aquellos tonos agradables y esos rasgos suaves le parecieron lejanos, como si aquel no fuera de verdad él. Pensó que el alcohol proporciona un espejo diferente de las cosas y que el problema era saber si era un espejo cóncavo o por contra era el verdadero espejo plano. Retiró la enorme venda de su rostro y al ver los dos huecos, tan expresivos en su vacío, supo que ahora era capaz de plasmar la que era su mirada, pero que pintarla allí, junto a aquellos rasgos, era como vestir de prostituta a una colegiala. Sin dudarle un instante cogió un nuevo lienzo, de un tamaño semejante al anterior y a la altura de la mirada dibujó sus propios ojos. Cuando terminó se alejó unos pasos y al ver los dos lienzos decidió que de alguna forma su trabajo no podía estar más terminado, que quizá nunca podría dar por finalizado un único autorretrato igual que nunca nadie nos llega a conocer por completo.

Sin embargo, los siguientes días siguió trabajando en ello. Desde aquel día, no había dejado de salir por las noches, se excusaba con Rocío de no poder salir argumentando que estaba muy concentrado en su trabajo y entonces salía a recorrer los ambientes que ahora pensaba que nunca debía haber abandonado. Y cuando volvía a casa, en seguida retomaba el trabajo del segundo cuadro, como si al dibujar los rasgos de ese nuevo rostro estuviera en realidad escribiendo un diario de esas últimas noches en vela. Los ojos que había pintado al principio le servían de guía, como si hubieran sido los pioneros en una tierra desconocida a los que sólo tenía que seguir para llegar a su destino.

Cuando terminaba su trabajo nocturno, escondía el cuadro, pues no quería que nadie lo viera, sobre todo Rocío, que extrañada por sus ausencias, quería ver el fruto de aquellos intensos días de trabajo. Durante una temporada consiguió darle largas hasta que finalmente no tuvo más remedio que citarla para el día siguiente. Así que tuvo que quitarle la venda al primer



cuadro, consciente de que ya no tenía excusa para mostrarlo inacabado. De todas formas, era un experto y sólo se trataba de pintar unos ojos. Decidido, cogió la paleta y, tras dudar unos instantes, inició su trabajo. Cuando terminó, dio un paso atrás y casi sintió un escalofrío: Los ojos que había pintado eran tan fríos como los de un muerto, como si en vez de inspirarse en una persona, hubiera decidido copiar los rasgos de una estatua.

Llevado por un incontenible deseo de dejar de ver aquello, cogió el pincel y cubrió de blanco todo el rostro, deshaciendo un trabajo que quizá nunca debió empezar. Y guiado por ese mismo deseo, puso el otro cuadro en el caballete y comenzó a pintar lo poco que le faltaba. Y fue entonces cuando, casi sin pensarlo, como si sus manos actuaran de forma independiente, pintó, en ese cuadro que había creado por las noches, una sonrisa satisfecha.

## GUARDAR SU ESPALDA

Con permiso, a Dashiell Hammet

Hace un año que no veo a Julio Arregui. Y no es por casualidad. Si quisiera no ya llamarle, sino provocar un encuentro casual, no me sería difícil pues sé por dónde se mueve. Durante años frecuentamos los mismos bares y las mismas compañías hasta que llegó un momento en que preferí dejar de verle la cara.

Todo empezó una noche que vino a mi casa de madrugada. Bueno, antes de venir, tuvo el detalle de llamar por teléfono.

-Soy Arregui -dijo al otro lado del hilo-. ¿Puedo subir?

-Supongo que sí -respondí. Y comencé a levantarme con desgana. Respiré al comprobar que estaba solo en la cama. Esa noche había traído a casa a una mujer que hablaba demasiado y que con su verborrea había conseguido limar todo mi deseo. Así que me acosté con ella, pero más que nada para interrumpir aquella sucesión de risotadas y anécdotas que me resultaban tan divertidas como las instrucciones de un medicamento. Afortunadamente después de la jarana había abandonado el barco y es que, cuando me llevo a alguien a la cama, si algo no soporto es despertarme a su lado por la mañana, ya que, una vez que desaparece la atmósfera que crean la noche y el alcohol, lo que encuentro a mi lado no es más que un cuerpo intruso que ha perdido todo su atractivo, pero que, lo que es más peligroso, puede pretender alargar la historia preparando un desayuno con aire matrimonial. Gracias al cielo esta había tenido la buena idea de marcharse así que me dispuse a recibir a Arregui sin tener que preocuparme de atender a otras visitas.

Arregui y yo nos conocíamos desde que ingresamos en el Cuerpo. Patrullamos juntos en numerosas ocasiones y en una de ellas fui testigo directo del error que a la postre supuso su marcha del Departamento. Teníamos el encargo de vigilar en el hospital a un joven músico al que habían mandado amenazas de muerte y aunque, todo hay que decirlo, hicimos bien nuestro

trabajo, una noche Arregui abandonó su puesto tan solo unos minutos pero que fueron suficientes para que el autor de los anónimos, de quien nunca llegamos a saber su identidad, cumpliera su amenaza. Desde entonces Julio Arregui se convirtió a mis ojos en un símbolo del fracaso; del suyo propio pero en cierto modo, como trabajábamos juntos, también del mío, así que desde entonces había procurado verle en muy contadas ocasiones.

Abrí la puerta cuando aún subía el ascensor, por lo que cuando apareció Arregui, yo le esperaba plantado en la puerta como una esposa que pide cuentas después de una juerga.

-Qué tal -dijo pasando al interior del piso.

Ya conocía mi piso de alguna otra vez así que se fue directo al salón y, sintiéndose como en su casa, se sentó en el sofá.

-¿Tienes un whisky?

-Claro, hombre. ¿Y no quieres unas galletitas?

Lo cierto es que comparado con haberme despertado a esas horas, ponerle un whisky no suponía ninguna molestia. Así que llené dos vasos, le tendí el suyo y esperé de pie a que me diera una buena razón para sentarme y no mandarle a paseo.

Julio Arregui siempre llevaba gafas de sol, normalmente con cristales de un color verde oscuro. Desde que dejó la Policía y se dedicó a investigar infidelidades matrimoniales llevaba el pelo más largo y se había dejado crecer un bigote realmente espeso que acaparaba buena parte de su personalidad. Siempre aparentaba estar por encima del bien y del mal pero esta noche parecía débil, supongo que porque realmente lo estaba pero también porque tenía que reconocerlo viniendo de madrugada a casa de un tipo al que a duras penas podría llamar amigo.

Bebió un trago de su whisky y sin más me preguntó:

-¿Te acuerdas de Marga?

Joder si me acordaba. Uno no olvida una mujer como aquella. Sobre todo si se la ha pasado por la piedra como casi todos lo hicimos. Era la hermana del

Sargento Rey y tenía un cuerpo que quitaba el hipo. O quizá era esa forma que tenía de moverlo... Bueno, el caso es que, como digo, hizo inventario de casi todas las camas del Departamento antes de...

-Vino ayer a verme al despacho.

Antes justamente de irse a vivir con Arregui. Con él se lo había hecho unas pocas más veces de lo que tenía por costumbre, hasta que un día decidió que mandaran sus cartas a casa de Julio. Ese era el mayor compromiso que Marga estaba dispuesta a asumir con un hombre y no incluía que dejara de frecuentar otras compañías, sobre todo aquellas que le reportaran mejoras de su nivel de vida.

-No la veía desde hace años, desde que rompimos.

Era una forma de llamarlo. Cuando decidieron vivir juntos, todos decían que Arregui no se merecía a aquella mujer, pero no todos se referían a lo mismo. Los que no la conocían bien no consideraban adecuado para aquella mujer otro sitio que su propia bragueta. Pero los que estábamos al tanto de su verdadero carácter hacíamos cábalas de hasta cuando alguien sensato como Arregui iba a dejarse devorar por aquella mujer. El asunto se resolvió cuando se cruzó por medio Elvira, una joven vecina de Arregui, de carácter dulce y empleo fijo, que ofrecía justo lo contrario que Marga y que fue alimentando en Arregui el deseo por una relación menos pasional pero mucho más estable. Hasta que un día el detective se decidió a señalarle la puerta a Marga.

-Sabes que me casé, ¿no? -y me tendió una foto que sacó de la cartera. Era una de las fotos de la boda.

-Sí -admití observando a la pareja. Me había invitado a la boda y yo no había acudido pero no me disculpé. No soportaba las bodas y menos la de aquel tipo. No es que me cayera mal, incluso le tenía aprecio, pero aquel matrimonio me parecía otro símbolo del fracaso de Arregui en su vida. Igual que se convirtió en detective porque no pudo ser policía, se casó con Elvira porque no pudo domesticar a ese animal salvaje que era Marga.

-Bueno -él también renunció a pedir explicaciones de mi ausencia-, pues no la veía desde antes de casarme. Pero ella lo sabía. Bueno, de esas cosas se entera uno... Estaba guapa, ya sabes cómo es...

Sí, como una puta cara.

-Pero estaba amable. Joder, recuerdo cuando se marchó de casa... La tía me gritó de todo: "cabrón, hijo de puta, a mí nadie me echa así como así. Te vas a acordar de esto. Ya lo creo que te vas a acordar". Pero ese día estaba de lo más dócil. Debí figurarme que no podía ser verdad.

Pues sí, conociéndola, yo me lo hubiera figurado. Una historia con Marga de protagonista raramente podía tener final feliz para los que la rodeaban y esa no podía ser una excepción.

-¿Y a qué fue? -pregunté, más motivado por el recuerdo de Marga que por la propia presencia de Arregui.

Sonrió levemente bajo el bigote, satisfecho de haber provocado un poco de interés.

-A hacerme un encargo -se encogió de hombros y buscó su cajetilla-. ¿Quieres uno?

-Sí, gracias -no tenía mucho cuerpo de fumar pero tenía que sacar algo de provecho aquella noche.

Arregui me tendió un cigarrillo y acercó la llama de su encendedor. No parecía tener prisa por llegar al desenlace. Supongo que le importaba tan poco contarme aquello como a mi enterarme pero seguramente quería relatarla tal como había sucedido para poder expulsar de alguna forma todas las sensaciones que había ido acumulando, al tiempo que trataba de provocar ya no mi apoyo sino sí cierta admiración por la historia que estaba relatando.

Dio una profunda calada a su cigarrillo y afirmó suspirando.

-Sí, un encargo. Resulta que la buena de Marga se casó. Con un abogado, me dijo. Un tipo brillante -hizo un gesto girando la mano- que se encarga de casos importantes para gente importante por los que cobra una importante cantidad de dinero.

Vaya, Marga había encontrado el tesoro de Sierra Madre así que ya no tendría que buscar más oro en los arroyos. Lástima, de vez en cuando soñaba con encontrármela y ofrecerle unas pepitas.

-¿Y para qué te necesitaba? -pregunté empezando a adivinar la respuesta-. No me digas que...

-Sí, parece que el abogadito le ponía los cuernos a la máquina del sexo...

Solté una carcajada.

-La araña atrapada en la red -reí antes de echar un trago.

-Bueno -Arregui no parecía tener muchas ganas de reír-, la cuestión es que Marga tenía bastante claro cuándo y con quién le engañaba su marido y yo sólo debía obtener pruebas.

-¿Para obtener el divorcio?

-Por ejemplo -admitió sin concederle mayor importancia a la cuestión-. Me dio la dirección de la oficina de su marido y me aseguró que ese día se encontraría con "la otra" a la salida del trabajo.

Había algo que no terminaba de encajar, hasta que di con ello.

-Pero, ¿por qué te lo encargó a ti? Ese trabajo podría haberlo hecho cualquiera.

Se me quedó mirando fijamente unos instantes.

-Nadie más que yo podía hacer este trabajo, ¿entiendes?

No, no lo entendía, pero me lo había dicho como quien se lo explica a un idiota así que no me quedaron ganas de volverle a preguntar.

-Bueno, ¿y qué? ¿Los sorprendiste? -pregunté para cambiar el rumbo de la conversación.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

-Esa debe ser Marga -y continuó, complacido ante mi asombro-. Necesito algunos datos más y le he pedido que se pasara por aquí. La he llamado después de llamarte a ti. ¿Te importa?

Me encogí de hombros. Llevaba sólo el batín sobre los calzoncillos, eran las cinco de la mañana y tenía en mi salón a un antiguo compañero que esperaba conmigo a la mujer más explosiva que había conocido. ¿Me

importaba? Necesitaba algo más que un whisky y un instante para responder a eso, así que me dirigí a abrir la puerta. Cuando apareció Marga comprendí que aquello realmente estaba sucediendo.

-Hola, Arturo -saludó enfatizando las sílabas de mi nombre.

-Hola, Marga.

Estaba vestida con un traje de chaqueta con una falda no demasiado corta y una blusa muy fina no demasiado escotada, pero todo lo bastante suficiente como para pensar en ello. Ocultaba sus manos en unos guantes elegantes, tenía el pelo recogido y llevaba una especie de bolso de mano. No se le notaba mucho el paso de los años, no tanto porque se conservara joven sino porque no pareció inocente ni cuando tuvo doce años. Me miró de arriba abajo.

-¿Siempre recibes así a las visitas? ¿No sabías que venía?

-No, me acabo de enterar. Aunque -hice una mueca- por entonces todos te recibíamos así. Por ahorrar tiempo.

Sonrió como si no le afectara el comentario y me agarró cariñosamente el carrillo.

-Sigues siendo el mismo bastardo, ¿eh?

-Se hace lo que se puede. ¿Una copa? -dije señalando el salón.

Nos adentramos allí. Yo señalé a Julio.

-Perdona, cielo, ¿os conocéis?

Ella hizo una mueca en vez de sonreír.

-Hola, Julio.

-Hola, Marga -devolvió el saludo. Y se levantó.

-Bueno -me encogí de hombros-, si no tenéis otros planes, me pongo algo más digno y saco el parchís.

Ambos ignoraron la frase y continuaron mirándose unos instantes como retándose a ver quién aguantaba más sin apartar la mirada.

-Bueno, Julio. ¿Qué más quieres saber? ¿Y por qué me has traído aquí? No es que me importe -dijo señalándome- ver al amigo Arturo -yo hice una ligera reverencia- pero, ¿por qué aquí?

Arregui sacó un sobre y me lo tendió sin mirar a Marga.

-Necesitaba un testigo -dijo mientras yo empezaba a mirar lo que resultaron ser unas fotos-, un juez imparcial.

Pasé las fotos rápidamente. Acababa de ver esa cara de mujer... ¡Claro, la mujer de Arregui! Pero el otro no era él. Era un tipo más grande, y más joven. Empecé a entender aquello y mis pensamientos casi se fueron adelantando a sus palabras.

-Marga no está casada -dijo hablándome a mí pero sin apartar la vista de ella-. Bueno, no sé si lo estará, pero desde luego no me mandó vigilar a su marido...

Marga había encendido un cigarrillo y balanceaba una pierna sentada en un brazo del sillón. Parecía disfrutar con aquello.

-No sé cómo lo ha sabido -prosiguió Arregui-, pero sabía -y miró un instante a las fotos- que mi mujer se veía con un tipo...

-¿Verse? -enfaticó Marga con una carcajada-. Vaya con la mosquita muerta...

Arregui podía haberla estrangulado en ese momento y nadie hubiera lamentado su pérdida. Pero se controlaba, parecía que tenía todo planeado.

-No podías soportar que fuera feliz sin ti, ¿verdad? -le espetó con un tono más de certeza que de verdadero odio-. Pero sabes que contigo nunca lo hubiera sido. Es tu maldito orgullo: tu puedes marcharte, puedes rechazar a cualquiera, pero nadie puede dejarte a ti, ¿verdad, Marga?

Ella asentía a sus palabras. Yo no sabía cómo reaccionar. La chica que hablaba demasiado, el despertar a mitad de la noche y ahora esa escena. Los acontecimientos me habían dejado idiota. Pero Arregui me hizo reaccionar con una pistola que sacó de detrás de la chaqueta.



-Dime, Arturo -dijo apuntándola-. Dime que no debo matar a esta zorra. Dime que no me ha dado bastantes motivos.

Mierda, me había espabilado de pronto: el asunto se había vuelto serio y necesitaba poner mis cinco sentidos para resolverlo.

-Espera, Arregui, tranquilo. No puedes hacerlo...

-¿No? -me miró con furia-. ¿Y qué puedo hacerle? No puedo denunciarla, no puedo hacerla sufrir sin ponerle la mano encima. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Sólo puedo...

Pero no acabó la frase. Se oyó un disparo y vi cómo se abatía. Me volví a Marga y descubrí que acababa de disparar un pequeño revolver que, aprovechando que Arregui me miraba, había sacado de su bolso.

Me abalancé sobre el cuerpo de Arregui. No estaba muerto. La bala le había dado poco más abajo de un hombro. Realmente aquella herida no tenía buen aspecto pero quizá aún podía salvarse.

-A-arturo -logró balbucear

Instintivamente me lancé hacia el teléfono, pero la pistola de Marga apuntándome me hizo cambiar de planes.

-¡Eh!, ¿dónde crees que vas? ¿Qué ibas a hacer -preguntó señalando el teléfono con la pistola-, llamar a una ambulancia? ¿Y qué ibas a hacer conmigo?

No lo sabía, maldita sea. Sólo quería que aquel tipo no perdiera la vida. No por nada especial: era sólo que no veía razón para otra muerte más. Ya había bastantes sin sentido todos los días.

Marga se acercó a mí y, sin dejar de apuntar a mi estómago, aproximó sus labios a los míos y me regaló un beso que si no expresaba pasión, al menos la prometía.

-Hagamos esto a mi modo -dijo sujetando mi cadera con un gesto sensual-, ¿te parece?

La dejé continuar porque, entre otras cosas, no se me ocurría nada interesante que decir.

-El me quiso matar, tú tenías esta pistola -dijo señalando la suya- y conseguiste dispararle antes. Eres un gran policía: un tipo rápido y no te resultó difícil. Pero Arregui se tenía en pie y te apuntó, así que tuviste que hacer un segundo disparo.

-¿Qué segundo disparo?

-El que vas a hacer ahora, Arturo. Para rematarle. Después arreglaremos todo con la Policía... Con tus compañeros -corrigió sonriente-. Después nos trasladaremos a un sitio más tranquilo.

Dudé unos instantes.

-Sé cómo me deseas -aseguró para terminar de convencerme- y te daré lo que quieres. Yo necesito alguien que me proteja y tú no eres tan idiota -dijo mirando el cuerpo de Arregui- como para esperar una romántica historia de amor...

El estómago se me estaba revolviendo y lo peor es que sabía que llevaba razón. Arregui estaba moribundo y matarle ahora tal vez era sólo adelantar un poco el asunto. E iba a tener a Marga, aunque fuera sólo como tener guardada una botella de la que echar un trago de vez en cuando.

-Dame -le pedí.

Y me acerqué al cuerpo de Arregui: aún balbuceaba pensamientos incoherentes... Me pregunté si hubiera preferido estar consciente antes de morir, pero, diablos, era mejor no pensar en ello.

-No, no puede ser -dije de pronto con suma tranquilidad.

Marga tensó sus músculos.

-¿Cómo?

-Es muy sencillo -dije volviéndome para mirarla-. Si le disparo, cualquier novato descubriría que ya había caído tras el primer tiro. Con lo cual, nuestra bonita historia del policía rápido no tendría sentido...

-Bueno -dudó-, podemos...

-Otra cosa sería -la interrumpí sacando el pañuelo- que disparara contra alguien que esté de pie -dije apuntándole-. Tu, por ejemplo...

-Pero, Arturo, cielo...

-... pero, claro, no con esta pistola, porque entonces dos muertos no pueden compartir un arma y yo sería responsable de uno de los disparos. Sin embargo -dije agachándome sin dejar de apuntarla y cogiendo con el pañuelo el arma de Arregui-, si cojo su pistola, será un desafortunado tiroteo entre dos enemigos del que yo fui involuntario anfitrión... ¿Qué te parece, Marga, cariño?

-Pero, Arturo, ¿de qué te sirve? -y le asomó un último intento de seducción-. Sabes lo que puedes perder...

La dejé hablar porque sabía que eso no me haría cambiar de opinión. Incluso disfrutaba al ver como por primera vez tenía que rogar a alguien, como por primera vez se sentía derrotada.

-Sobreestimas tus encantos, Marga. Además, yo ya no estoy para esos trotes. Hubieras necesitado alguien más joven, pero -dije acercándome-, creo que se te ha hecho tarde para buscarlo...

Y fue cuando ella supo que aquello iba en serio. Estaba claro que o le pegaba un tiro o tendría que matar a Arregui y, si había que repartir una muerte, ella había hecho más méritos que nadie para adjudicársela...

-¡No, Arturo, no lo hagas!... ¡Por Dios, ten compasión!...

Aquello estaba mal, claro: ya había matado a gente antes, pero en situaciones en las que no había tenido más remedio. Pero esto era diferente, esto era lo más parecido a una ejecución.

-¡No puedo morir así!, ¡no puedes matarme como a un animal! ¡Tú no eres así!

Ya tenía bastante, así que disparé. Sólo un tiro. No necesitas más si sabes dónde dirigirlo. Ella se fue desplomando y en su gesto había menos odio que sorpresa. Quizá aún pensaba que nadie le podía negar nada, que podía ofrecer lo que cualquier hombre deseara a cambio de su entrega total. Así que se

murió pensando que aquello era un error. Y ya nadie podía explicarle por qué no lo era.

En seguida llamé al Departamento y a una ambulancia para que se llevara a Arregui. Cuando colgué, miré a mi alrededor: mi salón nunca había sido un modelo de limpieza, pero tanta mancha de sangre iba a terminar con mi fama de buen anfitrión.

De todas formas, siempre pensaré si aquella noche no me equivoqué de cadáver: maté a una mujer que me habría hecho las noches más amenas mientras perdonaba la vida a un tipo que, una vez recuperado, empezó a darme la paliza con su agradecimiento. Hasta que llegó un momento en que no soporté verle la cara y así se lo dije. Y es que, aparte de representar su propio fracaso, me hacía recordar la intolerable mezcla de piedad y falta de ambición que yo había demostrado aquella noche.

Y es que uno nunca termina de conocerse. Maté a una mujer y aún me preguntó si es que soy tan frío como para matar a alguien que no me importe, o si una mujer puede importarme tanto que, antes de hipotecarle mi vida, prefiera mandarla de un tiro al infierno.

## ALGUIEN DE CONFIANZA

Un pistolero es como un gran delantero centro. El futbolista debe ser eficaz en esos breves instantes en que un balón vuela hacia él y debe rematarlo hacia la red. Sólo para ese momento entrena durante muchísimas horas. Y nuestro trabajo de pistolero también se reduce a unos pocos segundos, los que dura un asesinato. El resto del tiempo puede uno dedicarse a cuidar su equipo y mantener la forma, al tiempo que se preocupa de que su prestigio permanezca intacto. Porque el prestigio significa trabajo.

Y aquella noche iba a salir a trabajar. Un trabajo que hubiera preferido no hacer, pero quién puede permitirse rechazar un encargo. Enseguida le cuelgan a uno el cartel de tiquismiquis y, por muy bien que hagas tu trabajo, te empiezan a dar de lado.

Cuando llamaron a la puerta yo estaba preparando mis armas. Nunca abro sin mirar por la mirilla así que la primera visión que tuve de ella estuvo deformada por el cristal. Maldije al verla pero tuve que abrir.

-Hola -dijo ella al pasar.

Me limité a dejarle paso y ella se dirigió al fondo de la habitación. Se sentó en el brazo del sillón como si hacerlo en el asiento resultara excesivo.

-¿Qué tal? -su voz tenía una mezcla de tensión y descaro.

Me encogí de hombros.

Ella se quedó mirando mis armas pero en ningún momento intentó acercarse a ellas.

-Tienes trabajo -afirmó en lugar de preguntar.

-Así que lo sabes.

Se levantó y se acercó hasta mí.

-Siempre he sabido casi todo de ti -sacó un cigarrillo- Dame fuego -ordenó.

Alargué la mano en busca del mechero y le ofrecí la mecha.

Ella fumó la primera calada con ansiedad, pero enseguida me dio la espalda para mirar por la ventana. Aproveché para observarla. Era como el cuerpo de un viejo atleta: ya no era el de la buena época, pero aún se notaban las buenas maneras. Y además la experiencia le había enseñado a rentabilizar su belleza con gestos y movimientos precisos. Sabía encandilar a los hombres y, lo que era peor, tenía bien aprendido lo que a mí me gustaba. Era obvio que, si no tomaba la iniciativa, estaría en sus manos, así que le pregunté:

-¿Por qué no pagaste?

Ella ahogó una risa que no tenía nada de divertida.

-Ya no soy una niña, Leonardo. Cuando tienes veinte años los hombres se pelean por pagarte los caprichos, pero a mi edad...

-¿Cuántos? -pregunté para agradarla-, ¿veinticinco, veintisiete?

Ella sonrió pero sólo por agradecerme ese piropo torpe. Recordé no sin cierta amargura cómo antaño cuando yo hablaba se iluminaba su rostro. Entonces yo pensaba entonces que ese poder duraría siempre, pues no parecían agotarse las cosas bonitas que podía decirle.

-Podías haberme pedido el dinero...

Ella se encogió de hombros.

-Ya, lo pensé. Pero también pensé que podías decirme que no, e incluso si me decías que sí, ¿de qué hubiera servido? Hubiera pagado alguna deuda y un par de copas, pero luego hubiera vuelto a las mismas.

-Sí, eso es cierto.

Bebía mucho, como una auténtica esponja. El alcohol que nos había unido tantas veces, acabó por separarnos. Al final de nuestra relación bebía siempre, por la mañana y por la noche, sola o con amigos. Me avergonzaba delante de la gente con escenitas de las que luego se arrepentía amargamente a la mañana siguiente. Ya no podía salir de casa sin temer por lo que me iba a encontrar a mi vuelta. Hasta que un día no pude más y la dejé.

-¿Me das una copa?

Por un momento no supe qué hacer.

-¡Venga, hombre! -rió ante mi duda-. ¿Qué va a cambiar? -y por primera vez sonreía sinceramente-. ¿Es que temes por mi salud? -y su tono parecía más divertido que irónico-. ¿Vas a matarme y temes por mi salud?

Llevaba toda la razón así que le serví una copa.

-Por cierto, ¿cómo funciona esto? -preguntó con la copa en la mano-. ¿Quedamos en un sitio y allí me liquidas? ¿O aprovechamos que he venido y nos lo quitamos de en medio?

-Nos digas tonterías, Reina.

Ella se encogió de hombros.

-No, si era sólo por saber

Y en ese momento oscureció su rostro y comenzó a llorar.

-No puedes matarme, Leonardo -dijo entre sollozos-. No tiene ningún sentido, ¿cómo puedes matarme? Precisamente tú, que si alguien me ha importado una mierda en esta vida has sido tú. No puedes, no puedes -y se cubrió el rostro con las manos.

La abracé contra mí.

-Venga, no llores.

Me pregunté entonces cómo había sido capaz de aceptar aquel trabajo, cómo había sido tan ingenuo de pensar que iba a poder matar a Reina.

Aunque en realidad no había tenido elección.

-Mira, Leonardo -me había dicho Souza-. Está decidido. Hemos tenido mucha paciencia con ella. Pero -abrió los brazos-, a cada prorroga que le hemos dado, y que conste que si le hemos dado tantas ha sido por ti, pues a cada prorroga ha respondido abusando de nuestra confianza. Le debe dinero a todo el mundo y todos saben que ya nunca será capaz de pagar. ¿Y qué quieres que haga?, ¿que lo deje pasar? Sabes que no puedo.

-¿Cuánto te debe?

Chasqueó la lengua.

-No es eso -dijo sacudiendo la cabeza-. Mira -se levantó y, cogiéndome por los hombros, me fue explicando mientras caminábamos por el enorme despacho-. Ya no es una cuestión de dinero, sino de credibilidad. No podemos permitir que la gente crea que puede saltarse las reglas a la torera...

Yo me detuve para decirle.

-Puedes hacer una excepción.

Resopló.

-Mira que eres terco. Sabes que te respeto -dijo señalándome-, pero en esto te equivocas. Reina está muerta, porque así lo hemos decidido. Y si te lo encargamos a ti es por deferencia, porque lo hagas a tu modo y porque, joder, no quiero mandar a otro y que te encuentre allí haciendo de guardaespaldas de Reina como homenaje a los viejos tiempos.

-Entiendo.

-En resumen -sentenció -, que es cuestión de tiempo y de que tú decidas cuántos cadáveres quieres que haya en este asunto.

Sabía que hablaba en serio y que si ahora mismo Reina y yo salíamos juntos de la casa, alguien estaría esperándonos para pegarnos un tiro.

Miré por la ventana

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Reina

Yo la miré arrugando las cejas.

-¿A qué te refieres?

-Que cómo vamos a salir de esta.

-No lo sé, Reina.

Ella bebió un trago con un gesto de recogimiento como si tuviera frío y aquello fuera una taza de caldo. No dijo nada pero yo supe lo que estaba



pensando: “Antes siempre sabías lo que había que hacer y por eso yo me sentía tan segura tu lado. Pero ya no eres el mismo. Puede que yo sea una borracha pero tú ya tampoco eres el mismo”.

-¿Puedo tomar otra copa?

Yo me encogí de hombros y ella cogió la botella con avidez, como si aquel fuera a ser su último trago y es que, maldita sea, probablemente lo fuera.

-¿Estás pensando, verdad? -preguntó ella temblorosa.

Se acercó a mí.

-Estás buscando una solución, sé que la estás buscando -y se abrazó a mí.

Yo la rechacé con un gesto.

-¡Reina, maldita sea!

Ella comenzó a sollozar de nuevo

-No..., no tienes que tratarme así. Sé que te he metido en un lío, pero no tienes que tratarme así. Además..., tú me quieres. Sé que no podemos vivir juntos, sé que sería insoportable porque soy..., eso, que no paro de beber, pero tú me quieres y sabes que no querrás nunca a nadie como me has querido a mí... Por favor, dímelo sólo una vez. Dime que me has querido como no has querido a nadie.

-Reina... -dijo sin mirarla

-¡No tienes cojones! -y comenzó a golpearme con más rabia que fuerza- ¡Eres un cobarde! ¡No reconoces que me quieres, ni eres capaz de pegarme un tiro! -se separó de mí-. ¡Maldito cobarde!

Y se metió en el baño dando un portazo.

Maldita sea, llevaba razón en todo lo que había dicho. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Cómo iba a reconocer que quería a una mujer que tenía que matar? Y, por otro lado, ¿cómo iba a matarla con lo que había significado para mí? Pero de alguna forma tenía que salir de aquello. Miré la pistola. En realidad

era tan sencillo como cargarla, apuntar a la puerta y, cuando saliera, disparar un solo tiro. Pero, cuando la imaginaba, sabía que no podría soportar su agonía, sus ojos mirándome con tristeza y rencor mientras poco a poco, fuera perdiendo su vida.

Entonces lo pensé. Podía emborracharla y así todo sería más fácil. Sólo era cuestión de...

Pero entonces sonó un disparo...

Me abalancé hacia la puerta del baño y me encontré a Reina sentada llorando sobre la tapa del water y sin un rasguño. Había dejado caer la mano que sujetaba la pistola. Probablemente la había cogido mientras yo estaba de espaldas, pero no había sido capaz de suicidarse.

Le cogí del codo con suavidad mientras con la otra mano recuperaba la pistola

-Anda, Reina, levántate.

Ella se dejó llevar.

-Venga, siéntate -dije acercándola al sillón.

Comencé a llenar su copa y me sentí un indeseable, pues mientras ella pensaba que quería reanimarla, en realidad era parte de un plan para facilitar su muerte. Aunque, ¿era esa mi verdadera intención? Es verdad que era mi única oportunidad de resolver el asunto, pero, maldita sea, yo no quería matar a Reina.

-Toma, anda -le tendí su copa.

Me costó decirlo, aunque fuera para mí y ella no me escuchara, pero lo reconocí: no sólo no quería matarla, sino que realmente lo que quería hacer en ese momento era besarla, aunque fuera la idea más inadecuada que se me podía ocurrir si quería conservar mi pellejo.

Me agaché para estar a su altura y cogiendo su cuello con fuerza, la besé. Al principio lo permitió pero enseguida me separó, con tanta fuerza que caí sobre la alfombra.

-No, Leonardo -dijo sacudiendo la cabeza-, no quiero que hagas esto por mí.

-No lo hago por ti, Reina.

Ella me conocía demasiado. Sabía que podía engañarla con un beso o con una falsa frase agradable pero no con las dos cosas a la vez. Dudó un instante mirando al suelo, sirvió dos copas y me tendió una. Brindamos sin hablar y, cuando echamos un trago, se levantó y me dijo:

-Entonces, ven.

Me cogió de la mano mientras, con la botella en la otra, me llevaba al dormitorio. Se plantó delante de la cama y puso mis manos sobre su blusa.

-Reina, yo...

Quería decirle que no sabía qué iba a suceder después, que no podía garantizarle mi amor y menos aún su propia vida. Que deseaba hacer aquello, pero no había ninguna razón por la que realmente pudiera dar un duro.

-Cállate -me interrumpió ella con dulzura-. No quiero escuchar ni una sola palabra.

Y me besó para asegurar mi silencio.

Decidido, comencé a desabrochar los botones de su blusa. Mientras besaba su cuello, ella echó un trago de la botella y, durante el tiempo en que le fui quitando la ropa, sólo dejó de beber para besarme. Cuando finalmente se echó desnuda sobre la cama permaneció allí con los ojos cerrados, sonriendo en un agradable sopor, dispuesta a dejarme hacer. Era su momento, el precio que me pedía por su muerte, y yo le pagué con todo lo que tenía, con la excitación que me producía su entrega incondicional.

En ningún momento abrió los ojos ni dijo nada pero en las reacciones de su cuerpo yo iba leyendo que se sentía tan feliz como probablemente nunca lo había sido.

Al final se quedó allí dormida, más bella que nunca, y aquella botella vacía que había dejado a su lado simbolizaba nuestro desahogo.

Habíamos expulsado nuestra carga y ya no me costaba ir en busca de la pistola, no ya para quitarle la vida, sino para convertir en eterno aquel momento inolvidable.